

GOLIARDOS



Numero 8 - Septiembre 2001

JOSEP FONTANA
PERSPECTIVAS DE LA HISTORIA ECONOMICA
LA HISTORIA EN EL SIGLO XXI

SIGLO XIX
RESGUARDO- EL CASO DE COLOMBIA Y ARGENTINA
PENSAMIENTO POLITICO DE ROJAS GARRIDO
LECTURAS SOBRE EL ECUADOR

DEPARTAMENTO DE HISTORIA
GRUPOS DE TRABAJO

GOLIARDOS

Comité editorial

Paula Bohórquez Camacho
Carolina Ibáñez Pérez
L. Helena Pérez Niño

Diseño y diagramación

Constanza Sastre Preciado
Alejandro Medina

Portada

Fotografía:

Paula Bohórquez

Diseño: Alejandro Medina

Fotomecánica: ALFACOLOR

Impresión: Talleres de la Unidad

de Divulgación Académica

William Sazipa

Contenido

Ilustraciones: Comité editorial

Dibujos de «Perspectivas de la historia económica»

Mauricio Rico

Diseño: Constanza Sastre

Alejandro Medina

Planchas contenido:

IMPORTADORA GRÁFICA

Impresión: Publicaciones

Vicerrectoría de Bienestar

Alfredo Peña

La revista GOLIARDOS es una publicación de los estudiantes del Departamento de Historia de la Universidad Nacional de Colombia.

correo electrónico:

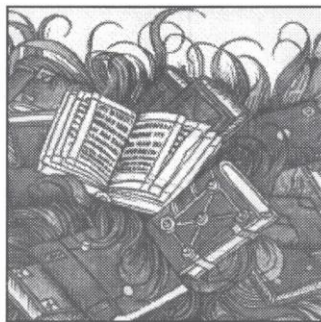
revistagoliardos@yahoo.com

Universidad Nacional de Colombia

Facultad de Ciencias Humanas
Vicedecanatura de Bienestar

2001.

ISBN: 958-9092-00-6



Esta Publicación se realizó con el auspicio de la Vicedecanatura de Bienestar de la Facultad de Ciencias Humanas. El Comité editorial desea expresar su agradecimiento por la ayuda entusiasta y generosa de Ligia Huertas, Constanza Sastre, Federico Benninghoff y del Negro Medina.

Portada conmemorativa del **Primer Encuentro Latinoamericano de Estudiantes de Historia**.
Villa de Leyva - Colombia, septiembre de 2001.

GOLIARDOS

EDITORIAL

El presente número de la revista Goliardos es el resultado de varios meses de trabajo en grupo, en los que hemos pasado por distintos estados de entendimiento, disenso, compromiso y desilusión.

Esta revista brinda la oportunidad de trabajar en un proyecto de publicación, en el que se conjugan varios procesos paralelos al establecimiento de consensos. Hemos entrado en contacto con distintos estudiantes que se vieron atraídos a través de la convocatoria por la idea de divulgar su trabajo. Durante la selección nos enfrentamos a la necesidad de construir unos parámetros de calidad que respetaran los criterios individuales, exigiéndolos aceptar los inconvenientes propios del trabajo en grupo y alimentándonos de ellos.

Agradecemos a todos aquellos compañeros que dispusieron de su tiempo para hacernos llegar sus trabajos y nos gustaría ver crecer la participación en las próximas convocatorias.

Queremos señalar tres rasgos que caracterizan el presente número, que tienen la intención de hacer de ésta una propuesta atractiva para nuestros lectores, distinta de las anteriores. Desde un comienzo vimos la importancia de hacer una revista dinámica que tuviera en cuenta los problemas que animan el conocimiento histórico (pensado desde nuestro contexto): incluimos nuevas herramientas a las que el historiador puede apelar para, en lo posible, contribuir con su proceso de formación. Adicionalmente describimos las distintas actividades en las que se han comprometido los grupos de trabajo. El número contiene tres artículos de estudiantes que coincidieron en abordar el siglo diecinueve. Algunos de los trabajos se destacan por hacer un esfuerzo comparativo, hecho que denota un empeño por llevar a la práctica una de las propuestas más sugestivas de la historiografía.

En este número contamos con la participación de Josep Fontana, un historiador catalán de reconocida trayectoria quien nos ha permitido reproducir dos de sus ponencias: la primera está dirigida a los estudiantes de historia y reflexiona sobre su papel en la configuración de un conocimiento histórico acorde a nuestra época y la segunda reflexiona sobre el estado de la historia económica.

Esperamos que se establezca un diálogo a partir de esta publicación, su contenido y su presentación. Queda abierto un espacio para los comentarios y opiniones que pueda suscitar este número:
revistagoliardos@yahoo.com

Goliardos

¿qué HISTORIA para siglo XXI? el

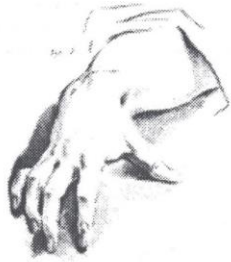
Josep Fontana *

Me propongo contestar a una pregunta, ¿qué clase de historia para el siglo XXI?, cuando parece que, en realidad, lo primero que habría que preguntarse sería: ¿seguiremos sirviendo de algo los historiadores en un futuro inmediato? ¿Necesita el conocimiento de la historia el hombre del siglo XXI? Pienso que las tres cosas se pueden contestar conjuntamente, porque de la clase de historia que ofrezcamos a la sociedad dependerá que lo que hagamos tenga una utilidad reconocida.

Hubo un tiempo, a mediados del siglo que ha acabado, en que los historiadores cultivaban lo que se dio en llamar historia económica y social y se esforzaban en estudiar problemas que tenían que ver con los de su tiempo y su entorno. Cuando estudiaban la revolución francesa, estaban tratando de encontrar respuestas para el debate entre la democracia y el totalitarismo; cuando se ocupaban de la industrialización, querían comprender mejor los mecanismos del crecimiento capitalista para aprender a orientarlo de un modo socialmente útil.

Lo malo fue que estos métodos, que tan fecundos resultados habían dado -y ahí está para demostrarlo lo mejor que ha producido la historiografía del siglo XX, de Braudel a Vilar, de Hobsbawm a Thompson- los convirtieron algunos en un recetario mecánico que daba las respuestas a partir de una teoría previamente memorizada en catecismos como los de Politzer o de Marta Harnecker, que no sólo servían para explicar el pasado sin necesidad de perder el tiempo investigando en los archivos, sino que eran a modo de conjuros para actuar sobre la realidad presente y transformar el mundo.

Sólo que el mundo se resistió a dejarse transformar y los análisis del pasado escritos a partir de estos formularios quedaron en retórica vacía que



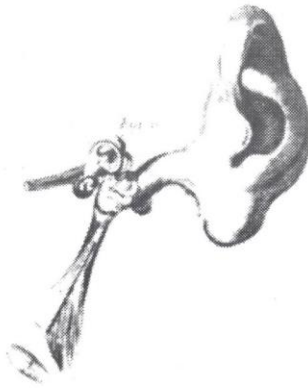
*Conferencia leída a los estudiantes de historia en Murcia en mayo del 2001.

hoy resulta poco menos que ilegible. El doble desencanto en los terrenos de la política y de la historia llevó a una especie de escepticismo, en lo que se refiere a las posibilidades de cambiar sustancialmente el mundo, y a un desconcierto en el terreno de los métodos de los historiadores, que se retiraron del compromiso cívico a la tranquilidad de la vida académica, y dejaron de interesarse por los grandes problemas de la sociedad para dedicarse a refinamientos que sólo podían apreciar los iniciados.

Este alejamiento del mundo real se produjo también, aunque de modo distinto, entre los economistas, que se refugiaron, en nombre de la ciencia, en formalizaciones abstractas, construyendo modelos que pretendían describir la realidad a partir de unas pocas variables, presuponiendo que las demás eran estables o poco relevantes, de modo que podía prescindirse de ellas.

Lo que ocurre es que en este campo ha comenzado ya una vigorosa reacción de denuncia, lo cual no ha sucedido, ni parece que vaya a producirse en un futuro inmediato, en el de la historia. El movimiento a que me refiero comenzó con una protesta de los estudiantes franceses de economía pidiendo el regreso de la teoría que se les enseñaba al mundo de la realidad, se ha prolongado más tarde con una controversia periódica, abierta aún, acerca de si el uso de modelos matemáticos es o no una condición imprescindible para una economía científica, ha tenido también repercusiones entre los estudiantes de Políti-

cas de Estados Unidos con el Movimiento Perestroika, que sostiene que "el problema dicta el método y no viceversa", y ha conducido a un amplio movimiento internacional, el de PAE, o "Post-autistic economics", la "economía postautista", que publica en internet una "newsletter" a la que contribuyen economistas calificados de Francia, Australia, Japón, Estados Unidos, Gran Bretaña o la India.



En un texto publicado en el último número de la *Newsletter*, el del mes de mayo actual, un artículo de Tony Lawson, "De vuelta a la realidad", recuerda a los economistas que la idea que sirve de fundamento al autismo —reflejada en estas palabras de Maurice Allais: "La condición esencial de toda ciencia es la existencia de regularidades que pueden ser analizadas y predecidas. Este es el caso de la mecánica celeste. Pero también es verdad respecto de muchos fenómenos económicos"— que esta

afirmación, repito, es falsa incluso para la mecánica celeste, como dice Allais, o para la cosmología, si prefieren ustedes un nombre más llano para la misma cosa.

La ciencia actual hace mucho que ha abandonado la ilusión del mecanicismo determinista y presta hoy una considerable atención a las relaciones no lineales, más abundantes en la naturaleza, y sobre todo en la vida, que los encadenamientos directos de causas y efectos. Como ha dicho Ilya Prigogine: "No sólo hay leyes, sino acontecimientos que no pueden deducirse de las leyes". O, en palabras de John Cornwell, "la naturaleza está constituida por acontecimientos y por las relaciones entre ellos, tanto como por sustancias y partículas separadas. La historicidad es una característica importante de la ciencia". Hasta el punto de que un biólogo molecular nos asegura que su disciplina está abandonando la "fútil búsqueda de leyes" y que "muchos biólogos moleculares están convirtiéndose en historiadores". Lo cual no quiere decir, evidentemente, que estén dedicándose a la historia de la biología, sino que han recuperado una visión más abierta a la percepción de las complejidades de la realidad, capaz de tomar en cuenta los elementos de contingencia que existen en ella, como lo han hecho los científicos naturales que han revitalizado el darwinismo con la teoría del equilibrio puntuado.

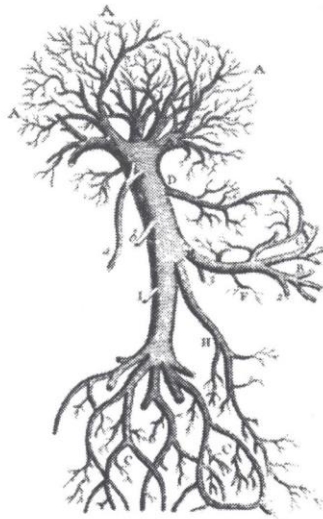
No estoy proponiendo el abandono de los métodos cuantitativos ni el menosprecio de las matemáticas. Bien al contrario.

tales como los que están ligados a la vida, la subsistencia y el trabajo de los hombres y mujeres comunes.

Si, como he dicho, debe ser la naturaleza del problema que queremos estudiar la que determine los métodos que escogemos para hacerlo, ello significa que hemos de tomar herramientas de todas las cajas en que podamos encontrar algo útil, sin contentarnos con ver tan sólo una faceta de los problemas.

Es verdad que el aprendizaje de las reglas de una escuela y la adhesión a una secta dan seguridad y le ayudan a uno en la medida en que le integran en un grupo humano que comparte sus ideas, lo cual no es poco cuando se vive en un medio universitario en que la escasez de perspectivas de trabajo ha creado un clima de insolidaridad y una competencia despiadada. Pertenecer a una escuela suele facilitar el acceso a los coloquios y a las publicaciones especializadas del grupo, y puede ayudarle a uno en su carrera.

Pero nos encierra en unos reductos tribales y nos aísla del mundo exterior. Si los economistas se han alejado de la realidad, y su ciencia, contra lo que quería Allais, no consigue predecir, sino que se ve sorprendida una y otra vez por los acontecimientos que no supo prever y debe contentarse con explicarlos a posteriori, los historiadores nos hemos alejado de los problemas que importaban al ciudadano común, que debía ser el destinatario último de nuestro trabajo, para integrarnos en un



mundo cerrado que menosprecia el del exterior, el de la calle —y se justifica diciendo que los habitantes de este mundo exterior no nos comprenden—, y nos dedicamos a escribir exclusivamente para la tribu de los iniciados, y mayoritariamente para otros profesionales (que al fin y al cabo son quienes nos han de valorar en las tesis o en las oposiciones, nos han de conceder tramos de investigación y proyectos, de todo lo cual dependen nuestras carreras).

Lo que sucede es que quienes viven en este mundo exterior, en eso que llamamos la calle, necesitan también de la historia, como la necesita cualquier ser humano —en la medida en que la historia cumple para todo grupo la misma función que la memoria para cada individuo, que es la de darle un sentido de identidad que le hace ser él y no otro— y como quiera que nosotros, los profesionales, no les proporcionamos la historia que necesitan, la reciben de manera asistemática pero muy

eficaz, de los políticos, de los tertulianos de la radio y la televisión, de las celebraciones conmemorativas (cuyo tono y sentido los determina en última instancia la institución que las paga) o incluso de las películas. Una novela norteamericana reciente, "Underworld", de Don de Lillo, describe la forma en que se controla el pasado en uno de estos mundos felices en que vivimos: "A mi me gustaba —dice el protagonista del relato de De Lillo— el modo que tenía la historia de no descontrolarse. Segregaban historia visible. La enjaulaban, la consolidaban y la recubrían de bronce, la exhibían cuidadosamente en su relicario en museos y plazas y parques conmemorativos"1. Esta 'historia controlada y exhibida' cumple una función muy importante, porque acaba influyendo en el voto de la gente o en su disposición a tomar las armas para defender unos valores inculcados por la educación, o para matar a quienes le han sido designados como enemigos de estos valores.

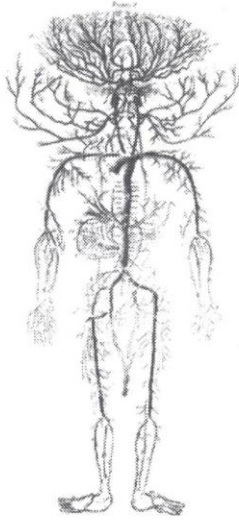
En Ruanda, por ejemplo, tutsis y hutus vivían en paz hasta que las escuelas de los colonizadores belgas, en su mayor parte regidas por religiosos, enseñaron a los hutus a odiar a los supuestos señores feudales tutsis, con una interpretación sesgada y falseada de su historia, que legitimó la siniestra matanza de familias tutsi como una revolución antifeudal liberadora.

En estas últimas semanas he estado leyendo dos libros sobre la Alemania posterior al nazismo. Uno, *War stories 2*, analiza de qué forma los ciudadanos

ria de las revoluciones. Pero merece la pena adentrarnos imaginativamente atrás en el tiempo en que las diversas opciones parecían abiertas".

No se trata, evidentemente, de construir escenarios imaginarios de "historia virtual", especulando con situaciones contrafactuales, sino de explorar de otro modo la realidad, en una práctica que, por lo que he podido ver, se parece mucho a la que utilizan quienes exploran el pasado desde la perspectiva de la ecología. Estos métodos de historia no lineal deberían servirnos para recuperar mucho de lo que nos hemos dejado olvidado por el camino marcado por la mitología del progreso: el peso real de las aportaciones culturales de los pueblos no europeos, el papel de la mujer, la importancia de la cultura de las clases populares, entendida como saber y no como folklore, o la racionalidad de unos proyectos de futuro alternativos que no triunfaron, pero en los que tal vez sigue quedando mucho que rescatar. Me gusta citar aquel texto que Antonio Machado publicó en 1936: "En realidad, cuando meditamos sobre el pasado, para enterarnos de lo que llevaba dentro, es fácil que encontremos en él un cúmulo de esperanzas —no logradas, pero tampoco fallidas—, un futuro, en suma, objeto legítimo de profecía". Yo cambiaría tan sólo el final de este texto para decir que el trabajo del historiador, buceando en el pasado para averiguar lo que llevaba dentro, le puede conducir a descubrir en él unos futuros, objetos legítimos de esperanza.

Sólo que esta nueva historia no lineal no debe ser una "historia en fragmentos", como nos propone un investigador inglés en una nueva historia de Europa en el siglo XX, alegando que "no hay una sola historia de Europa, sino múltiples historias que se sobrepone y entrelazan entre sí"⁴. A menos que entendamos que estos fragmentos son las par-



tes de una única composición coral, que no sólo no debe resultar, al final, fragmentaria, sino mucho más total que la vieja, que se contentaba con seguir una secuencia aislada arbitrariamente del conjunto.

El mayor de los desafíos al que deben enfrentarse los historiadores de comienzos del siglo XXI es el de superar el viejo esquema tradicional que tenía

como protagonistas esenciales los grupos dominantes, políticos, económicos y culturales, de las sociedades desarrolladas, y dejaba al margen de la historia a los pueblos y a los grupos subalternos, y a la inmensa mayoría de las mujeres.

Hay que remediar la exclusión de los pueblos de cultura no europea, los "pueblos sin historia", a escala de las visiones universales —o "mundiales", para decirlo más llanamente— y la de las mujeres y las clases subalternas en las historias de aquellos otros países que se suele admitir que sí tienen historia.

Se ha hecho mucho para devolver su propia historia a los trabajadores, y mucho también, aunque sea en fechas más recientes, para elaborar una historia de las mujeres. Los grupos subalternos que no pueden definirse tan netamente, sin embargo, han recibido menos atención. Este sería el caso de los campesinos, si es que hay algo que puede encajarse bajo esta denominación de la misma manera inequívoca con que identificamos un asalariado (por lo menos un asalariado que cobra poco), en contraposición a quien le paga el salario, o una mujer, en contraposición con un hombre. Tal vez sea por ello que tenemos mucha más historia agraria, esto es de la agricultura, que de los campesinos.

Pero recuperaciones como la de la historia de los obreros —vista casi siempre desde el ángulo del "movimiento obrero" organizado— y la de las mujeres, se han hecho como campos separados, que no se integran en



una explicación histórica global, y que, por tanto, siguen dejando el centro del relato a la vieja historia de los grupos dominantes, sin proponer alternativas a ella. Lo que quiero decir es que está muy bien que se haga historia de la mujer, por ejemplo, pero que lo que realmente necesitamos es una historia general con la mujer dentro, asumiendo su papel y recuperando sus propias perspectivas. Y las cosas no han ido hasta ahora por este camino.

Hay diversas formas de responder a este problema. Una ha venido por la vía de la historia del individuo y de la cotidianidad, que permite recuperar las experiencias propias de los subalternos, sin acomodarlas a las simplificaciones generalizadoras de una historia social académica.

La otra vendría de la propuesta, mucho más ambiciosa, pero abierta aún, con necesidad de pulirla y desarrollarla, de Ranahit Guha, el historiador indio que ha tratado de desvelar la lógica propia de las revueltas campesinas, liberando su relato del influjo de los discursos de la

contrainsurgencia, y que ha escrito una estimulante requisitoria acerca de la necesidad de integrar las diversas voces de la historia, lo cual no significa sólo, como en la historia social tradicional, ocuparse de los grupos subalternos, sino recuperar su propia visión de los hechos como guía para la interpretación.

El modelo lineal de la historia del progreso tenía, como he dicho, otro ámbito de exclusiones: el de todos los pueblos que no pertenecen a la cultura dominante de origen europeo, cuyas sociedades y culturas se suelen presentar como atrasadas en el camino del proceso modernizador. Esto afectaba sobre todo a África y a los pueblos indígenas que habitaban América y Oceanía antes de la llegada de los colonizadores, mientras que para Asia, donde no era posible olvidar que había civilizaciones que en muchos aspectos se habían adelantado a Europa, el atraso posterior se atribuía a la fuerza del "despotismo oriental" y a la debilidad de sus sociedades civiles.

Lo malo es que la mayoría de las historias autóctonas que han venido a reemplazar las de la época colonial han adoptado los modelos historiográficos europeos y en lugar de explorar su especificidad, tratan de buscar en su pasado aquellos rasgos y etapas que los europeos señalaban en sus propios países: los rastros de viejas formas de estado, la invención de imaginarios feudalismos, etc.

La vía de escape de la linealidad parece residir, en este caso, en la adopción de formas de exploración comparada que

analicen desarrollos distintos. Un ejemplo ambicioso, pero discutible, nos lo da Victor Lieberman, que nos propone que rompamos con las viejas dicotomías que se contentan con la comparación, y contraposición, entre este y oeste (las "historias binarias", como él las llama), y trabajemos con un esquema comparativo más amplio: en su caso con el de la evolución de seis países de Eurasia.

No es fácil hacer este tipo de comparaciones, ya que se tienden a efectuar entre naciones, asumiendo que cada una de las entidades que comparamos tiene un carácter uniforme, que da validez a las afirmaciones generalizadoras.

Para superar este inconveniente hay propuestas de que desagreguemos los datos que recibimos organizados en cuadros nacionales y volvamos a montar las piezas en nuevas agregaciones organizadas de acuerdo con las coordenadas de los problemas que nos interesa estudiar. Lo cual está muy bien como propuesta, pero no viene, por ahora, acompañado de una explicación que nos diga como hacerlo, lo que significa que la exigencia es válida, pero los métodos para realizarla están todavía por inventar.

Si les digo que necesitamos reconstruir un método global de trabajo, no es por razones que procedan de alguna especie de necesidad interna de la ciencia, sino por otras, más poderosas, que derivan del hecho de que lo necesitamos para hacernos cargo de la que me parece ser la gran tarea que tienen encomendada los historiadores de comienzos del siglo XXI, aquella que la socie

dad les va a exigir.

Porque si los historiadores de los últimos cien años se ocuparon ante todo de la génesis de la democracia política y del desarrollo del capitalismo, a nosotros nos corresponde el reto de encontrar las razones de los grandes fracasos del siglo XX: las causas que puedan explicar la barbarie que lo ha caracterizado, para evitar que se reproduzca en el futuro y, sobre todo, la naturaleza de los mecanismos que han engendrado una mayor desigualdad, que han aumentado dramáticamente las distancias entre los países ricos y los países pobres, desmintiendo las promesas del proyecto de desarrollo que prometía extender los beneficios del progreso económico a todos los países subdesarrollados del mundo.

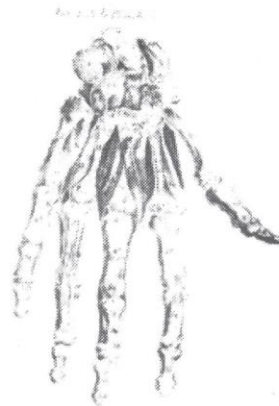
Digo que han aumentado las distancias, pero está claro que debería decir que las siguen aumentando. En la prensa de ayer leí una noticia acerca de la tercera conferencia de la ONU sobre los Países Menos Avanzados que comenzó en Bruselas hace dos días con la denuncia, por aparte del secretario general de la Onu Kofi Annan, de que en los últimos 30 años la lista de los países que pertenecen a esta categoría ha pasado de 21, en el año 1971. A 49 en la actualidad.

Y cuando hablamos de retroceso y de desigualdad, no hay que pensar solamente en el drama de estos países, sino también en nuestro propio drama. Por una parte, el de la nueva pobreza y la marginación que lleva a que, por ejemplo, los Estados Unidos

tengan hoy una población de dos millones de reclusos en sus cárceles, lo que no parece un signo de progreso. E incluso en otros aspectos que nos comienzan a afectar a nosotros mismos. Porque nos parecemos cada día más a los nativos de los mundos tropicales a quienes los viejos descubridores cambiaban las materias preciosas por baratijas. Vivimos en una sociedad que nos ofrece toda clase de chucherías — películas en DVD, canales temáticos de televisión, la ventana de Internet para acceder a todo el conocimiento del mundo (todo el conocimiento que no tenga royalties, está claro), etc.— y que nos quita en contrapartida —pieza a pieza, día a día— unas conquistas sociales que a nuestros antecesores les costó siglos ganar: una educación pública para todos que se degrada progresivamente, al lado de otra privada y cara para quienes quieran acudir a una oferta de trabajo con un currículum convincente, hospitales reconvertidos en fundaciones, planes de pensiones privados (y si Vd. tiene suerte, algo cobrará), etc.

Tenemos una grave responsabilidad ante una sociedad a la que no sólo debemos contarle qué sucedió en el pasado, que en el fondo es lo menos importante, sino que hemos de enseñarle a lo que mi maestro Pierre Vilar llama “pensar históricamente”. A no aceptar sin crítica nada de lo que se pretende legitimar a partir del pasado, a no dejarse engañar por tópicos que apelan a sus sentimientos para inducirle a no utilizar la razón. Nos han con-

tado que vivimos en un tiempo feliz, en que ya no habrá más historia porque la evolución de la sociedad ha llegado ya al colmo de la perfección. Pero hoy vuelve a haber, como sucedió en 1968 en París, Praga o Nueva York, una generación de jóvenes que no aceptan de buen grado el mundo feliz que les han dado, y que se sublevan contra lo que se pretende venderles como “globalización”. Lo malo es que estos nuevos rebeldes, como les sucedió a los de 1968, actúan movidos por un rechazo moral, pero no tienen claro lo que quisieran poner en lugar del sistema establecido que rechazan. Necesitamos repensar el futuro entre todos, pero el futuro sólo se puede construir sobre la base de las experiencias humanas, esto es sobre el pasado, y ahí el papel del historiador es absolutamente indispensable. Aunque no sea más que para evitar que se intoxique al común de la gente con una visión desesperanzadora que sostiene, sobre la base de una visión sesgada de la historia, que todo intento de cambiar las re-



glas del juego social conduce necesariamente al desastre, de modo que váyase usted a casa que ya nos encargaremos de alegrarle la vida con partidos de fútbol o, como va a pasar a partir de ahora en Italia, con aquella máxima expresión de la cultura contemporánea que son las "mamá chico".

En un tiempo como éste, el deber del historiador es implicarse en el mundo en que vive. Lo decía mi viejo y añorado amigo Manuel Moreno Friginals, que acaba de morir en estos días, cuando escribió en "La historia como arma": "Quien no sienta la alegría infinita de estar aquí en este mundo revuelto y cambiante, peligroso y bello, doloroso y sangriento como un parto, pero como él creador de nueva vida, está incapacitado para escribir historia". Pero hay tal vez un texto más elocuente todavía acerca de la responsabilidad del historiador.

Lo escribió Marc Bloch en los días difíciles que siguieron a la derrota de Francia, en 1940, en ese libro admirable que es *L'étrange défaite*, reprochándose a sí mismo, como a sus colegas historiadores, haber permanecido

al margen de lo que estaba sucediendo en su país: "No nos hemos atrevido a ser, en la plaza pública, la voz que clama en el desierto... hemos preferido recluirnos en la quietud temerosa de nuestros talleres... De la mayor parte de nosotros se podrá decir que hemos sido buenos operarios. Pero ¿hemos sido también buenos ciudadanos?"

"Ciudadanos". Esa fue la palabra que empleó mi viejo maestro don Ramón Carande en una carta, cuando, en los tiempos finales del franquismo, yo le escribía, con unas esperanzas que pronto se revelaron excesivas, que en los nuevos tiempos que se avecinaban podríamos construir una universidad donde se formasen buenos historiadores. A lo que él me rectificó, añadiendo, con unas palabras que conectan sorprendentemente con las de Marc Bloch: "y buenos ciudadanos, y buenos ciudadanos".

Esa clase de historia que debe aprender a concertar todas las voces de la sociedad, grandes y pequeñas, en una estructura coral, que debe servir para crear conciencia crítica acerca del pasado con el fin de que compren-

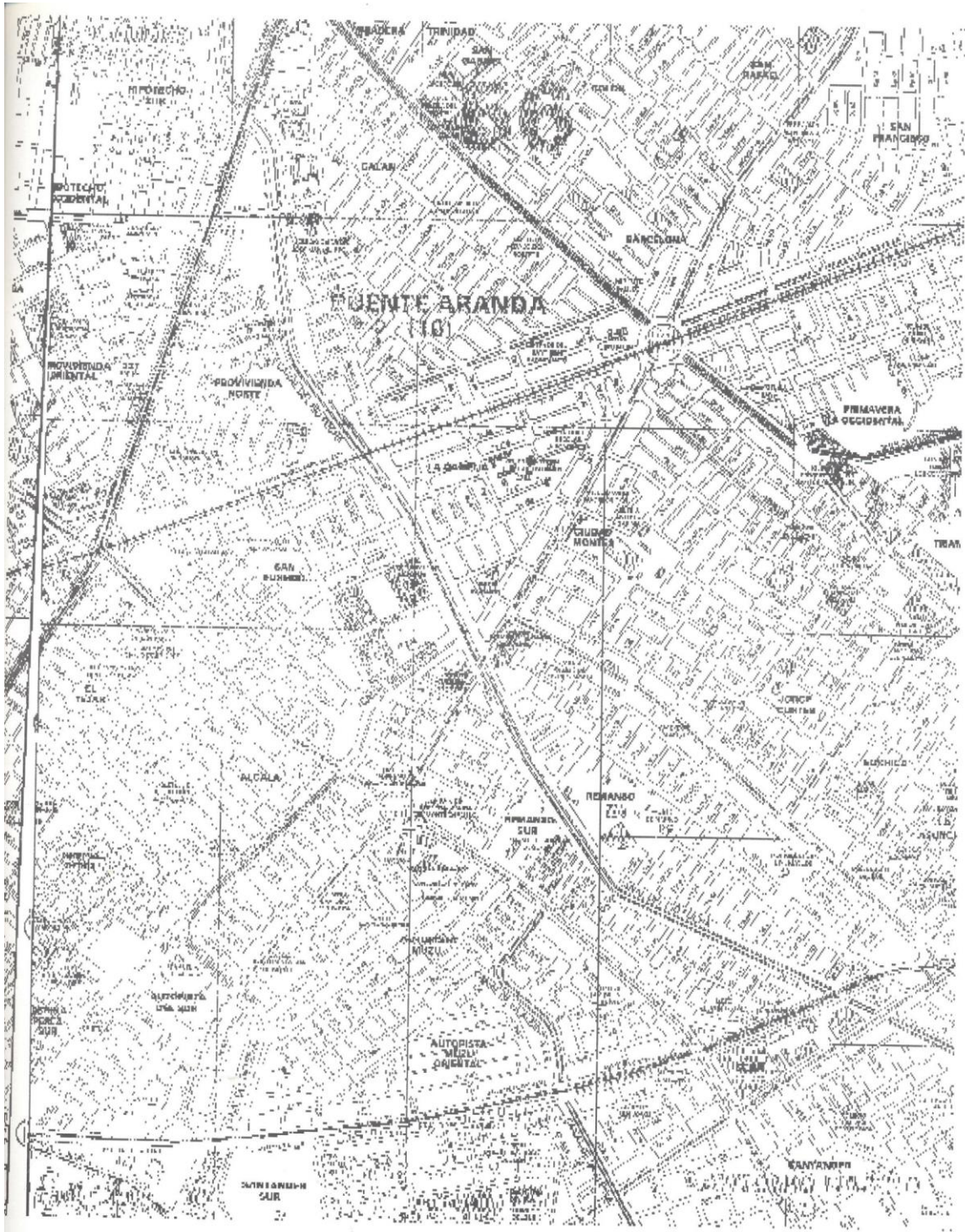
damos mejor el presente, que debe tener como objetivo fundamental aportar elementos para combatir los mecanismos sociales que engendran desigualdad y pobreza, que debe atreverse a denunciar los prejuicios que enfrentan innecesariamente a unos hombres contra otros, y, sobre todo, a quienes los utilizan para beneficiarse de estos enfrentamientos... Una historia que no tiene todavía modelos completos, pero sí muchos intentos puntuales que hay que tomar en cuenta. Una historia que hemos de inventar entre todos, no desde el distanciamiento de la teoría, sino desde la propia experiencia del trabajo, desde lo que Thompson llamaba "la realidad ambigua y ambivalente" del archivo. La clase de historia que se hace en el seno mismo de "este mundo revuelto y cambiante", como pedía Moreno, y que cumple con la exigencia que formulaba Bloch de que nos convirtamos en "la voz que clama en la plaza pública". Esa es la clase de historia que necesitamos para el siglo XXI. No va a ser fácil hacerla, pero merece la pena intentarlo.

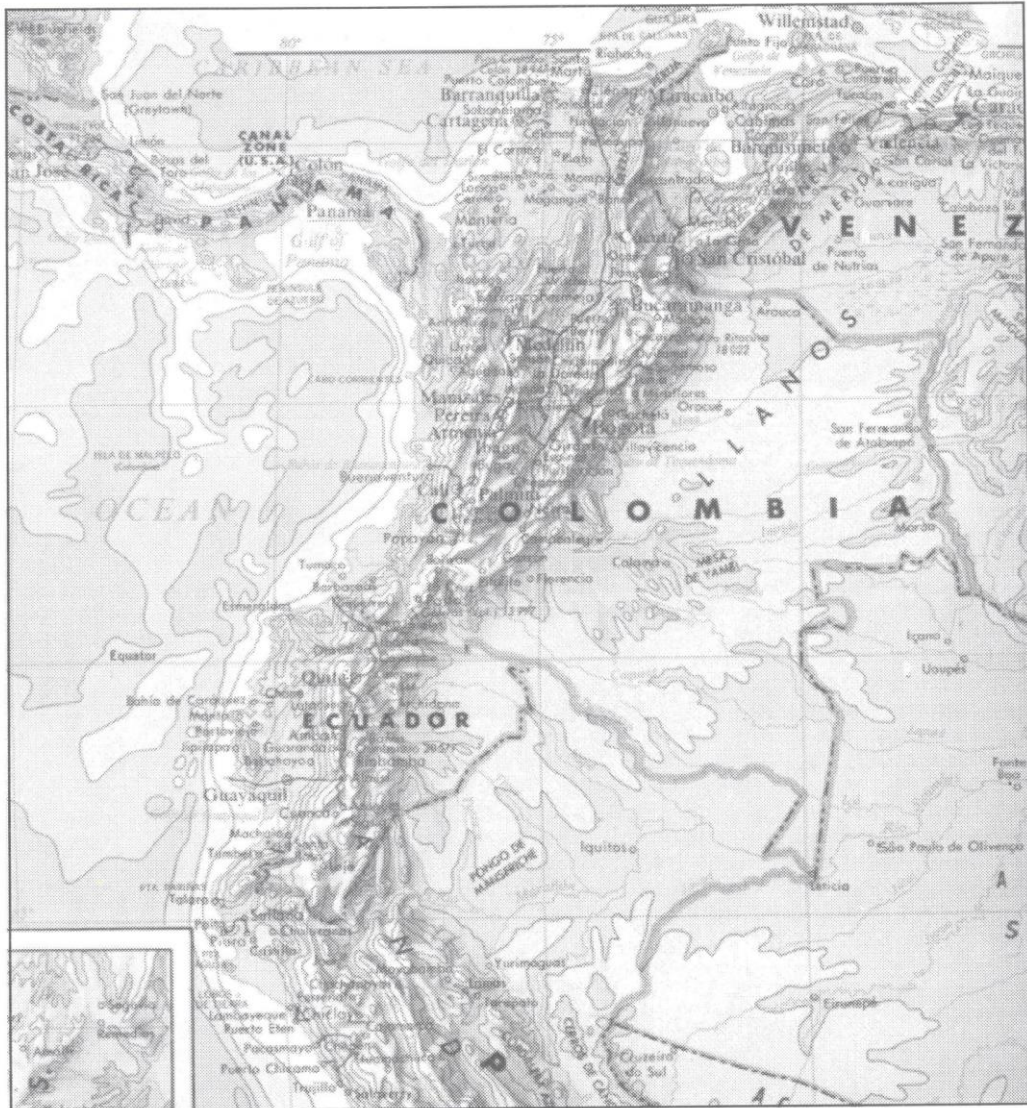
1 Don de Lillo, *Submundo*, Barcelona, Circe, 2000, p. 76 (I, cp. 2)

2 Robert G. Moeller, *War stories. The search for a usable past in the Federal Republic of Germany*, Berkeley, University of California Press, 2001.

3 Peter Wyden, *The Hitler virus. The insidious legacy of Adolf Hitler*, New York, Arcade, 2001.

4 Richard Vinen, *A history in fragments. Europe in the twentieth century*, Londres, Little BROWN, 2000, p. 7.





el
pensamiento político.
del purgatorio
en ROJAS GARRIDO

Lorena Rodríguez Gallo
Estudiante Universidad Nacional

La historia de nuestra infante república decimonónica está atravesada por una serie de luchas partidistas que se proyectaban como telón de fondo de lo que se suponía era la construcción de una nación moderna, bien a la luz del dogma católico o del utilitarismo de Bentham. En el campo religioso se presentaron antagonismos entre diversas fuerzas, unas encaminadas a mantener a la Iglesia como mecanismo de control social, otras orientadas a remplazar este control por uno secular. Todo esto manifestado en una serie de transformaciones, inicialmente tímidas, pero que con la revolución de medio siglo iniciaron un verdadero proceso de reformas en todos los niveles, encaminadas a romper definitivamente con la herencia colonial. Las modificaciones llevadas a cabo en el campo religioso marcaron *"el punto de ruptura entre liberales y conservadores"*. La posición frente a esta institución divina diferenció de manera nítida a los dos partidos.

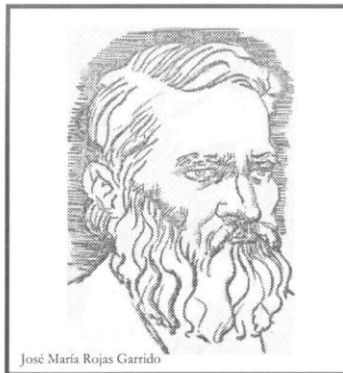
Dentro de las reformas liberales se dispuso la expulsión de los jesuitas en 1849; la libertad religiosa; la separación Iglesia-Estado, institucionalizada en la constitución de 1853 además de leyes como la de *"desafuero eclesiástico"*, dictada en 1851. Mosquera ordenó en 1861 la desamortización de bienes de manos muertas, la tución, la extinción de las comunidades religiosas y, nuevamente, la expulsión de los jesuitas.

Estas medidas propiciaron una ruptura entre liberales radicales y mosqueristas, ya que aquellos preferían una posición conciliadora de división Iglesia – Estado, y los últimos, el control del Estado sobre la Iglesia, de corte marcadamente anticlerical. Pero finalmente estas diferencias se solucionaron en la

Constitución de Rionegro, donde se dispuso el levantamiento de destierros, la separación Iglesia - Estado, el juramento de obediencia por parte de los eclesiásticos a la constitución, la prohibición para estos de elegir y ser elegidos, de ocupar cargos públicos y de establecer comunidades religiosas. Estas leyes, junto con otras disposiciones posteriores, crearon gran malestar entre los miembros de la institución divina, con lo cual las relaciones Iglesia-Estado se mantuvieron en constante tensión durante el Olimpo Radical.

Dentro de este contexto se inscribió la formación del pensamiento de José María Rojas Garrido, político liberal de la línea anticlerical mosquerista, quien dedicó gran parte de su habilidad oratoria a combatir las doctrinas de los conservadores y las verdades eternas de la religión católica. Por esto su obra llama particularmente la atención, ya que estas características permiten verlo inicialmente como un pensador libre y racional que buscaba las huellas del pensamiento ilustrado para seguirlos. Sin embargo, si deseamos saber qué camino escogió finalmente Rojas Garrido es necesario igualmente rastrear sus huellas. Para esto, se escogieron una serie de artículos que Rojas Garrido publicó en *El Tiempo*, entre 1865 y 1866, en torno al problema del purgatorio.

El tema referido fue trabajado en consideración a que confluyen en él los dos problemas presentados anteriormente: catolicismo y



José María Rojas Garrido

conservatismo. Aunque la discusión de Rojas se remite a las doctrinas de la Iglesia romana, existe al lado, una disputa muy marcada en contra de los conservadores.

EL PURGATORIO DE LA IGLESIA CATÓLICA ROMANA

El tema del purgatorio fue un asunto muy discutido alrededor de los siglos XVI y XVII debido en parte al movimiento que desencadenó el luteranismo en Europa y a los cambios que por el mismo se produjeron en el seno de la Iglesia. Pero no por esto deja de ser un problema actual. El siglo XIX en Colombia nos muestra que aún había quienes se ocupaban de este tipo de discusiones. La referencia explícita se hace en torno a este liberal mosquerista, quien combatió contra el romanismo a lo largo de su trayectoria política en artículos como "La teoría de los Milagros" o en los artículos en torno al purgatorio. Su interés no era gratuito, ya que la República se encontraba dividida en esos días entre quienes querían fundar una república moderna a la luz de las corrientes filosóficas europeas y entre los que continuaban amarrados a la herencia española, empeñados en cargar con la pesada sombra de la religión

como manto a través del cual se debía mirar la realidad. Pero antes de detenernos en el análisis de los artículos sobre el purgatorio, es necesario definir este lugar tal y como la Iglesia Católica lo creó, para comprender la discusión de Rojas Garrido en torno al mismo.

El purgatorio era concebido como uno de los cuatro estadios a donde podía ir el alma después de desencarnar, y a él eran enviadas las ánimas de los que en vida habían pecado, pero que al momento de morir se habían arrepentido de todas sus faltas contra Dios. Como la confesión trae consigo el cumplimiento de ciertas satisfacciones o penitencias que normalmente impone el sacerdote, lo propio era que el alma las cumpliera, pero como ya había abandonado el mundo terrenal, lo hacía en el purgatorio, donde debía permanecer hasta completar las satisfacciones necesarias y así poder entrar al cielo para disfrutar de la divina presencia de Dios.

Según la bula papal de los difuntos², las penas que sufrían en el purgatorio las almas eran básicamente dos: La pena de verse privadas de la visión divina de Dios y la pena que sufren por el fuego, ya que al igual que en el infierno, esta llama es incorpórea y por tanto susceptible de martirizar a un cuerpo inmaterial. No se debe olvidar que la imagen de estas penas purgatoriales no es tan llana como se presenta en las anteriores líneas, ya que es bien sabido el terror que se infundía

en los fieles frente al infierno y al purgatorio, con el fin de que se cuidaran de caer en el pecado. Pero Carrillo lo presenta de una forma más ilustrativa:

*"... Este fuego, aunque no es eterno, y para siempre, es grave sobre manera y no ha padecido en esta vida nadie tanta pena como en la que en el purgatorio se padece, ni los mártires, aunque sus tormentos hallan sido maravillosos, fueron tantos como los del purgatorio. Son tan grandes estas penas, que son poco menores que las del infierno, en cuanto a crueldad, grandeza y dureza y tales, que padecen las almas como en el infierno, solo que las del infierno por ser eternas, son mayores."*¹³

Ahora bien, las satisfacciones que deben pagar las almas pueden ser aliviadas por medio de la intervención de los vivos, para que la pena se reduzca en tiempo, ya que en dureza no es posible. Para esto es necesario que se ofrezcan misas, peregrinaciones, ayunos, limosnas, oraciones, indulgencias y bulas. Incluso los mismos difuntos antes de morir, establecían en el testamento sufragios, como las indulgencias, hasta por 2.000 años, ya que no se sabía el tiempo que un alma podría permanecer en el purgatorio. Pero, ¿cómo actuaban estas indulgencias para lograr la remisión de la pena?

La indulgencia, dice Carrillo, "no es otra cosa que una remisión de la pena temporal por los pecados actuales, hecha por el prelado de la iglesia del común tesoro de ella con justa y razonable causa"¹⁴.

Este tesoro se refiere a las obras satisfactorias realizadas por santos como Jesús, María o Juan Bautista, quienes no teniendo necesidad de ellas, por cuanto no tienen pecado alguno, las acumulan en este tesoro, en reserva para que los mortales pecadores las usen y se pague penitencia de sus malos actos. Pero esta indulgencia se aplica sólo a los vivos. A las ánimas del purgatorio se les aplica la indulgencia *per modum suffragii*.¹⁵ Como estas almas ya no están bajo la jurisdicción del Romano Pontífice, y por tanto este no puede conceder indulgencias; éstas se solicitan por medio de deprecaciones, para que Dios en su misericordia reciba esta obra que hacen los mortales en beneficio del alma, y permita el acceso al tesoro.

ROJAS GARRIDO Y SU IDEA DE PURGATORIO

Los anteriores puntos los trabaja Rojas Garrido en sus artículos, pero de un modo muy particular. Hay que tener en cuenta que, como ya se mencionaba con anterioridad, su discusión no se dirige fundamentalmente a una exégesis teológica del problema, sino que obedece a unos intereses más precisos en torno a la problemática que por ese entonces afectaba a los Estados Unidos de Colombia. Se trata de la álgida pelea entre conservadores y liberales por la construcción de la República que cada uno quería, y Rojas Garrido se hallaba en medio de ella, combatiendo furiosamente contra los conservadores y la Iglesia católica. Muestra de ello es la posición

netamente anticlerical que lo caracterizaría en la segunda mitad del siglo XIX, y que se reflejaba en sus artículos y discursos¹⁶. En la Convención de Rionegro, por ejemplo, se lamentaba del mal uso que los sacerdotes le daban a la religión cristiana, en beneficio propio y en detrimento de ella: "Ellos (los clérigos) han puesto siempre al servicio de este partido (el conservador) el púlpito, el confesionario y la administración de los sacramentos, como armas políticas para hacer la guerra... tampoco tienen religión ninguna; pues si bien se dicen afiliados entre nosotros a la cristiana, no es para profesarla, sino para servirse de ella como instrumento de poder y lucro."¹⁷

Incluso, deslegitima por completo la labor del sacerdote ya que, si bien no cumple con su ministerio como es debido, tampoco es necesario que lo haga:

*"Tomad esos pocos principios luminosos del evangelio que contienen un mundo de moral y de esperanza, cuyo sentido, como toda alta verdad de dios, está al alcance del pueblo sin necesidad de intérpretes; tomadlos como un puñado de diamantes y arrojadlos a un inmenso lodazal, el de la teología por ejemplo, revolvedlos bien con el limo y decidme: ¿alcanzará a traslucirse siquiera del fondo del fango el brillo de esa riqueza?... sin la teología, señores, muy legibles fueran las letras del evangelio."*¹⁸

Lo anterior expresa de modo enfático la poca simpatía que Rojas

tenía por los ministros de la Iglesia, y su desconfianza frente a las interpretaciones de la doctrina cristiana que estos hacían, arrogándose un privilegio inexistente. Y esta misma posición la deja traslucir en sus artículos frente al purgatorio.

A primera vista, Rojas Garrido deja una sensación de desasosiego en el lector frente a este problema supraterráneo, ya que asume posiciones aparentemente poco serias. En un artículo llamado "El Purgatorio y los Godos", se expresa así:

*"No hallamos pues, donde colocar el purgatorio y menos si consideramos que su existencia no se deduce del pasaje de la creación en seis días, apuntados por la Biblia. A propósito, dirán los de la jerarquía que tampoco hay constancia de los seis días de la creación de la hora precisa en que Dios hizo el infierno, y que sin embargo nosotros no lo negamos. Eso es verdad; pero debe tenerse en cuenta: 1° que no podemos negar la existencia del infierno en atención a que hay godos y deben ir a alguna parte, ya que tanto nos atormentan a los cristianos en esta vida; y 2° que por lo demás, nos importa muy poco saber donde queda el infierno por no tener que ir allá; eso es cuenta de los godos, ellos sabrán su camino, bástenos a nosotros creer que, después de la vida, hay un lugar ad hoc en que deben recibir su merecido. Esto es piadoso"*⁹

La cita podría mostrar ausencia de sustento teórico ya que cuan-

do surge el problema del infierno, presenta una salida de orden totalmente valorativo. Su juicio es moral ya que, si bien el infierno carece de la autoridad del Génesis, se legitima por la necesidad de justicia, porque «es piadoso». El purgatorio no es legítimo porque es usado para sacarle dinero a los fieles, pero el infierno sí lo es porque es justo que los godos paguen sus culpas en algún lugar específico. Sin embargo, cuando profundizamos en la lectura, nos encontramos con un discurso juiciosamente elaborado, que refleja un gran conocimiento sobre la problemática del purgatorio.

En sus artículos "El Purgatorio, su situación y sus Castigos" y "El Purgatorio Carece de la Autoridad de las Escrituras", Rojas Garrido elabora una recopilación histórica muy puntual de la idea de purgatorio, donde expone su significado, ubicación, comprobaciones de su existencia, tipos de castigos y sufragios para ayudar a las almas purgantes. Todo en concordancia con lo dicho por la Iglesia católica. Pero a esta explicación agrega un elemento más; y es que se pone en la tarea de confrontar todas las citas bíblicas que a favor del purgatorio han nombrado los padres de la Iglesia a fin de mostrar las fuertes contradicciones en que estos caen. Habla del pasaje de Mateo 5, 25-26: "Ponte de acuerdo con tu adversario pronto, entre tanto que estás en el camino, no sea que el adversario te entregue al juez, y el juez al alguacil y seas echado a la cárcel. De cierto te digo que no saldrás de ahí, hasta

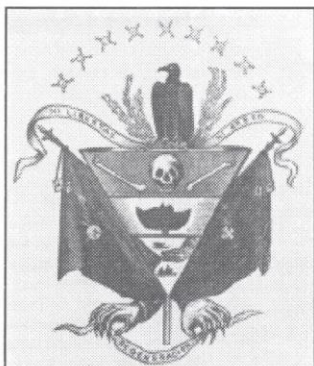
que pagues el último cuadrante."

Este fragmento es citado por Bellarmino, Challenor, Milner y los rhemistas en comprobación de la existencia del purgatorio. Pero Rojas Garrido llama la atención sobre el hecho de que la misma cita es interpretada por San Agustín, San Gerónimo, Beda, Maluonado y Alejandro no como el purgatorio, sino como el infierno. Es una prisión de la que jamás se liberará el cristiano porque la palabra "hasta" significa duración infinita. Lo anterior pone en evidencia «*la inconsecuencia y variedad del sistema papista*» (Obras Selectas, Pág 133), que Rojas se propone sacar a la luz.

Incluso, este liberal mosquerista parece consciente de que la idea de purgatorio es una construcción histórica, que responde a necesidades básicas de una época determinada. Así lo muestra su discusión contra el diario "El Católico". Este último cita a Judas Macabeo, Platón y Virgilio para comprobar la existencia del purgatorio, a lo que Rojas Garrido responde: "Pero el redactor de *El Católico* olvida que nosotros no hemos afirmado ni negado la existencia del purgatorio de los gentiles... Puesto que las guerras del señor Macabeo tuvieron lugar por allá en los años de 167 a 164 a.c. cuando aún no podía existir el purgatorio católico, que es el que nosotros hemos negado, y cuya invención atribuimos a San Agustín con sólidos fundamentos".¹⁰

Sin embargo, la atención no se puede desviar de su objetivo ini

cial. Habíamos dicho que, pese a estas características, su discusión no pretende enfrascarse en asuntos teológicos. Más bien, el tema es usado como una excusa para hacerles la pelea a los conservadores y a la Iglesia. Tal vez es esto lo que puede tender a empañar la juiciosa tarea realizada por Rojas en torno a este tema, ya que, debido al interés que alimenta su discurso, en muchas ocasiones deja de lado la precisión teórica y se concentra en el ataque a sus opositores.



Muestra de esa discusión política es la constante mención, a lo largo de los artículos, de que los godos y los ultramontanos eran los creadores y sostenedores de la estructura del purgatorio:

“Los godos ultramontanos sostienen la existencia del purgatorio como un derecho de propiedad... ellos han fundado el purgatorio, lo mismo que el labrador perseverante establece una hacienda en el transcurso de muchos años... Sin embargo, el purgatorio es una mera invención de los ultramontanos para especular en este mundo, ofreciendo a los

candorosos creyentes beneficios que deben disfrutar en la otra vida, siempre que en esta les den bienes temporales”¹¹

Aunque Rojas Garrido no desconoce que esta invención es producto del Catolicismo romano y explícitamente de San Agustín (El purgatorio y los Godos II, pag 118), también acusa a los conservadores, quienes se encargaron de mantener esta idea vigente en los Estados Unidos de Colombia.

Igualmente, el artículo “El Purgatorio y los Godos II” se concentra en una seria pelea contra el periódico “El Católico” ya que este último se dedica a demostrar la existencia de ese lugar ultraterreno:

“Nos inclinamos a pensar que, durante el tiempo en que desapareció El Católico, anduvo viajando el señor redactor en busca del purgatorio para traernos a nosotros, los incrédulos, noticias positivas de su existencia... si no nos equivocamos en esta conjetura, merece El Católico nuestras felicitaciones, ya que, mientras sus amigos los políticos se dedicaron a encender la guerra él empleó su tiempo útilmente en aquella expedición científica, por lo cual obtuvo tan oportuno descubrimiento, pues para sus compañeros derrotados debe ser de gran consuelo el saber a punto fijo que sí hay purgatorio”¹²

En el párrafo anterior, Rojas Garrido muestra que los conservadores, aun cuando han perdido la guerra y su participación

política en el gobierno, deben estar satisfechos porque hay un regocijo que se ubica en un nivel más alto, una seguridad de carácter sagrado: no han ganado una victoria para sus ideas terrenales, pero sí han obtenido un triunfo mucho más elevado, la certeza de que sí hay purgatorio. Su espíritu debe estar en paz.

Además, el sostenimiento de esta estructura es calificada por él como contraria a los principios de la República, de la democracia:

“...el purgatorio es inútil en la otra vida; y aunque es ramo de ingreso en la presente, no aprovecha al mayor número, sino a los privilegiados de la jerarquía, lo que hace que lo calificuemos de anti-republicano lo mismo que a los godos. Y como estos ya cayeron para no levantar jamás, que caiga también el purgatorio por oligarca”¹³

Pero su crítica no se queda ahí, porque el purgatorio no es sólo un asunto de mero lucro, también es fuente de empobrecimiento y diferenciación social:

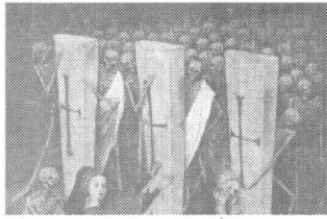
“La vanidad humana que dilapida tesoros en sufragios por los muertos, no sería reprochable en los que tienen sus arcas repletas, si no produjera el mal ejemplo que conduce a los pobres a imitarlos, hambreado a sus familias... el poder municipal debería establecer una fuerte contribución sobre el entierro de cada rico, siempre que se hiciera con esa ostentación insultante que se acostumbra; y disponer que los pobres sean enterrados de balde en el

mismo lugar que los potentados, a costa de curas y sacristanes... ya que no es posible establecer la igualdad en vida, porque las oligarquías tienen más sabiduría que las democracias... bueno es que se establezca después de la muerte. El cadáver de un rico vale igual que el de un pobre... (pero) los ultramontanos han establecido la jerarquía hasta en el purgatorio; el que no tiene dinero no sale de penas en la otra vida."⁴

Su indignación es la que actúa en estas palabras, indignación por un cielo y una salvación compradas a un cura, por la superstición y el equívoco que se enseñan como el dogma cristiano, por el forzoso mantenimiento de unas ideas que se mostraban contrarias a los principios republicanos y al proyecto liberal radical.

CONCLUSIONES

José María Rojas Garrido fue un político que, al igual que muchos liberales de su época, quisieron construir una república laica, por esto, atacó duramente a los conservadores y a la Iglesia católica, ya que en su opinión representaban un obstáculo para alcanzar tal objetivo, como lo demuestra la siguiente frase: *"el espíritu no se nutre hoy bostezando oraciones... el pan de la vida es la razón ilustrada"*⁵, porque lo que el país necesitaba eran avances tecnológicos, investigación científica, desarrollo económico, social y cultural. Esto no se iba a conseguir a punta de fe. Por esto condenó estructuras religiosas como las del purgato-



rio, ya que actuaban como distractor y como sistema de control del pueblo, negando cabida al desarrollo de un pensamiento ilustrado.

Rojas Garrido era consciente de eso. Lo demuestran sus escritos, donde no gratuitamente decía: *"Desgraciadamente, señores, el hombre y sobre todo el hombre inculto es muy inclinado a creer en la maravilla: para él la mejor demostración es la que no comprende..."*¹⁶. Porque para liberarse de esas absurdas ideas, solo se necesitaba salir del oscurantismo y de la ignorancia. Sus artículos jalonan la realidad

hacia la tierra para dejar en el cielo a su única autoridad, Dios. Porque, aunque él no pusiera en tela de juicio la existencia de la Suprema Divinidad, había un interés expreso y un convencimiento real en que la dirección de los Estados Unidos de Colombia solo se podía confiar a los ciudadanos, con base en instituciones legitimadas, ya no por el manto sagrado que las envuelve, sino por la autoridad que emana del libre examen del pueblo.

Rojas Garrido representa uno de los muchos intentos por construir un país ilustrado, pero su voz, al igual que la de muchos otros liberales fue acallada por la regeneración y en algunos casos olvidada en los libros viejos.

NOTAS

- 1 GONZÁLEZ, Fernán. La Iglesia y el Estado desde la convención de Rionegro hasta el Olimpo Radical, 1863-1868. Pág. 95
- 2 CARRILLO, Martín. Explicación de la bula de los difuntos. En que se trata de las penas y el lugar del purgatorio y cómo pueden ser ayudadas las ánimas de los difuntos con las oraciones y sufragios de los vivos. España, 1602.
- 3 Ibid. pág 61
- 4 Ibid. pág 208
- 5 Es necesario recordar que solo hasta 1476, Sixto IV aprobó la indulgencia para los difuntos
- 6 Si bien muchos liberales fueron igualmente anticlericales, el carácter peculiar de Rojas Garrido radica en que no solo detractaba a la institución papal sino que negaba dogmas cristianos tan fundamentales para la doctrina como la existencia de los milagros, de la virgen, o del mismo Jesús como hijo de Dios. Para Rojas este personaje fue un mortal más ya que Dios nunca envió a un ser salvador.
- 7 ROJAS GARRIDO, José María. Discurso en la convención de Rionegro. En: Los radicales del siglo XIX. Áncora editores. Bogotá, 1984. Pág 117
- 8 Ibid. Pág 118
- 9 ROJAS GARRIDO, José María. El Tiempo No 374, febrero 15 de 1865. En: José María Rojas Garrido, Obras Selectas. Cámara de Representantes. Pág 115
- 10 Ibid. Pág 118
- 11 El Purgatorio y los Godos I. Ibid pág 113
- 12 Ibid. Pág 120
- 13 El purgatorio y los Godos. Ibid pág 116
- 14 Ibid. Pág 114
- 15 ROJAS GARRIDO, José María. La Teoría de los Milagros. El Tiempo, No 363 a 372. Noviembre 30 de 1864 a febrero 2 de 1865. EN: José María Rojas Garrido, Obras Selectas. Cámara de Representantes.
- 16 ROJAS GARRIDO, José María. Discurso en la convención de Rionegro. EN: Los Radicales del Siglo XIX. Áncora editores. Bogotá, 1984. Pág 118





cuatro lecturas introductorias al estudio del

ECUADOR decimonónico

Antonio Ochoa

Estudiante Universidad Javeriana

El objetivo del siguiente artículo consiste en una breve presentación de cuatro publicaciones, que hemos considerado centrales para la comprensión e investigación histórica sobre el Ecuador decimonónico¹; el interés que encontramos en estos trabajos parte de su utilización como soportes bibliográficos de nuestra monografía de pregrado "Ecuador en los intereses políticos colombianos, 1830 / 1884" investigación de cuyos resultados presentamos un balance en un artículo reciente.²

La importancia de esta bibliografía radica en las evaluaciones globales propuestas por sus autores acerca de los procesos que rodearon la fundación y conformación política del Ecuador republicano, su configuración espacial a través de la relación región - nación y un interesante examen sobre la presencia de religiosidad católica en el pensamiento político; elementos que a nuestro juicio permiten establecer hitos iniciales en la historia política del Ecuador decimonónico.

Precisamos que por historia política del Ecuador decimonónico, entendemos en este artículo los procesos llevados a cabo entre 1830 y 1895, es decir, desde la disolución de la Gran Colombia, cuando las élites de los distritos de Quito, Cuenca y Guayaquil se asociaron para crear el Ecuador, hasta las transformaciones modernizadoras de corte liberal impulsadas a partir de la revolución encabezada por Eloy Alfaro. Los trabajos a los que nos referimos, hacen parte de las corrientes renovadoras de la historiografía ecuatoriana, en oposición a la Historia tradicional de corte liberal - conservador; teniendo en cuenta estos elementos continuaremos con su presentación.

Una introducción a la temática sobre el estado ecuatoriano en el siglo XIX está en las investigaciones que al respecto ha realizado Enrique Ayala Mora, militante socialista cuyos trabajos historiográficos se inscriben en la corriente marxista. Preocupado por los procesos de surgimiento y conformación del Estado Nacional, Ayala Mora sostiene en sus estudios el horizonte constante del ascenso de la Revolución Liberal de 1895, como coyuntura donde se produce el relevo de un "Estado Oligárquico Terrateniente" por un "Estado Laico" de corte liberal.

Para Ayala Mora el Estado ecuatoriano construido desde la Independencia, fue un Estado asentado sobre el poder terrateniente, disperso en los poderes regionales, que escondió tras sus formulas liberales, democráticas y republicanas una sociedad estamental basada en la opresión étnica de la sociedad blanco-mestiza sobre los pueblos indígenas, siendo justificado por el tradicionalismo católico. El "Estado Terrateniente" nunca logró cohesionar un proyecto nacional viable debido a que la Independencia consolidó el régimen hacendatario pre capitalista y la regionalización del país en tres polos locales de funcionamiento económico y político (Quito, Guayaquil y Cuenca). La dispersión del poder en ámbitos locales y hacendatarios, originó luchas entre las oligarquías provinciales que hicieron del arbitraje militar y el caudillismo el mecanismo para dirimir sus conflictos.³

En el proceso de argumentación seguido por Enrique Ayala Mora sobre la constitución del "Estado Terrateniente" se destacan tres elementos, en primer lugar, la propuesta de una periodización basada en las transformaciones de la estructura social, en contraposición a la manera tradicional de dividir la historia ecuatoriana en periodos denominados de acuerdo a las figuras caudillistas (Floreanismo, Urvinismo, Garcia-nismo); Ayala Mora, en su reemplazo, sugiere dos momentos para el siglo XIX, uno, la etapa de dominación caudillista entre 1830 – 1860 y una segunda fase de consolidación del "Estado Oligárquico" entre 1860 – 1895.⁴

Análogo a la consolidación del "Estado Terrateniente", Ayala Mora planteó una nueva lectura del proyecto político de Gabriel García Moreno, usualmente considerado por la historiografía liberal y conservadora, en términos de apología o censura creando a su alrededor una mitología que oscilaba entre el "mártir cristiano" y el "tirano ultramontano".

Ayala Mora pensó la gestión de dicho estadista como un programa modernizador, amparado por el integrismo católico del presidente, donde se sentaron las bases de la centralización administrativa, a través del control del fisco nacional, el desarrollo de un plan de vías de comunicación, la fundación de bancos y la expansión del sistema educativo, mientras se instituía una república confesional represiva, donde llegó a exigirse como requisi-

to de ciudadanía el ejercicio del catolicismo, abonando con estas medidas las primeras bases del Estado Nacional ecuatoriano.

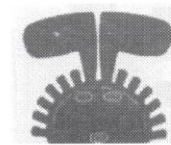
Finalmente el tercer aporte de la obra de Enrique Ayala Mora, se relaciona con sus estudios sobre el origen de los partidos políticos ecuatorianos entre 1875 a 1895, coyuntura donde se hizo el primer ensayo de montaje del aparato partidario liberal y conservador; estima el autor que antes de ese momento no existieron partidos políticos sino simples clientelas caudillistas que respondieron a uno u otra orientación política de acuerdo a sus intereses, siendo a su juicio, solo desde 1895 el momento de confrontación entre las dos corrientes partidistas, ideológicamente diferenciadas, que culminó en una "revolución en serio" de corte liberal bajo la dirección de la naciente burguesía agro exportadora de Guayaquil⁵.

En conclusión para Enrique Ayala Mora, el estado ecuatoriano del siglo XIX, fue oligárquico y terrateniente, sobreviviendo con la caracterización que hemos apuntado hasta la última década del siglo, cuando es relevado por un "Estado Laico", sin que ello signifique el desconocimiento de los proyectos de integración nacional previos a la Revolución Liberal de 1895 como el llevado a cabo por el liberalismo reformista marcista en el decenio de 1850.

El Ecuador decimonónico en términos regionales.

cómo en la estructura política del Ecuador republicano, coexistió junto a la visión de la modernidad secularizadora un sentido cristiano del mundo, mucho más fuerte en la religiosidad serrana, que a su vez se inscribe en las convicciones religiosas propias del mundo hispanoamericano; conllevando a un proceso de lenta laicización incluso con la revolución liberal de 1895 y reapareciendo en el siglo XX con el paternalismo político de José María Velasco Ibarra, moralizador y prudente admirador de García Moreno.

Ante todo el presente artículo también busca llamar la atención entre los estudiantes de Historia sobre la necesidad de producir monografías históricas donde los interrogantes sobre Colombia estén equiparados con otras experiencias continentales, procurando especializarnos; lógicamente se trata de superar un problema real de conocimiento histórico consistente en las fragmentarias representaciones que tenemos sobre nuestros países.



bibliografía

- 1 Las obras referidas son: Ayala Mora, Enrique. *Lucha política y origen de los partidos en Ecuador*. Quito: TEHIS-Corporación Editora Nacional. 1988. 375 pp. e *Historia de la revolución liberal ecuatoriana*. Quito: TEHIS - Corporación Editora Nacional. 1994. 406 pp. Demélas, Marie – Danielle y Saint-Geours Yves. *Jerusalén y Babilonia, religión y política en el Ecuador 1780 – 1880*. Quito: Corporación Editora Nacional – IFEA. 1988. 222 pp. y Maiguashca, Juan (editor). *Historia y Región en el Ecuador: 1830 – 1930*. Quito: Proyecto FLACSO – CERLAC, Corporación Editora Nacional. 1994. 436 pp.
- 2 Ochoa Flórez, Antonio. *Las relaciones colombo - ecuatorianas durante las guerras civiles decimonónicas 1830 - 1884*. En: Memoria y Sociedad, revista del departamento de Historia y Geografía, Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, vol. 4, No. 8, Septiembre del 2000. pp. 25 - 42.
- 3 Ayala Mora, Enrique. *Historia de la revolución liberal ecuatoriana*. pp. 15 – 32.
- 4 Ayala Mora, Enrique. *Lucha política y origen de los partidos en Ecuador*. pp. 16.
- 5 *Historia de la Revolución liberal ecuatoriana*, op. Cit. pp. 69 – 74.
- 6 Maiguashca, Juan op. Cit. pp. 14.
- 7 Maiguashca, Juan. *El proceso de integración nacional en el Ecuador: el rol del poder central, 1830 – 1895*. Op. Cit. pp. 415.
- 8 Demélas Marie – Danielle e Yves Saint-Geours, Op. Cit. pp. 15.

los
Indios
y el problema de la tenencia
de la tierra en
AMÉRICA
durante el siglo XIX

El resguardo en Colombia y la usurpación violenta de las tierras indígenas en Argentina.

Mónica Contreras
Estudiante Universidad Nacional

La culminación del movimiento independentista latinoamericano trajo consigo múltiples problemas de orden político, económico y especialmente de orden social. Aunque la obtención de la libertad frente a España fue un hecho, aún quedaba un largo proceso de reorganización, el cual fue liderado por gobernantes que no eran del todo conscientes de las consecuencias que sus decisiones tendrían para la conformación de las nacientes repúblicas. Prácticamente se comienza a rehacer un nuevo continente con el antecedente colonial de tres siglos que configuraron el pasado y el presente de los contemporáneos que habían presenciado el proceso independentista. Así esta herencia afectaría la implantación del nuevo sistema *liberal* con que se gobernaría.

Por la naturaleza limitada de la transformación que trajo consigo la independencia, la república heredó un fuerte legado colonial que impediría en parte la libre imposición de los programas liberales. Un capítulo importante del proceso de consolidación de los nuevos gobiernos liberales se relacionó con su política económica. No pasaría mucho tiempo antes de que se revelara que el desarrollo de sus planes dependía de la solución que le dieran al problema de los indios y sus tierras protegidas por la institución que respaldó su condición dentro de la sociedad colonial: el resguardo.

Las repúblicas en un primer momento avalaron la continuidad de los resguardos como figura legal que buscaba proteger a las comunidades indígenas, lo que implicaba preservar un vínculo fiscal con el estado¹. Sin embargo esta figura entró en contradicción con los intereses de aquellos que concebían que el progreso sólo sería posible en la medida que la tierra y mano de obra protegidas por el resguardo gozaran de libre movilidad.

Siguiendo este orden de ideas, este ensayo se propone comprender cómo incidieron las políticas liberales en el problema de la tenencia de la tierra en manos de las comunidades indígenas, y cómo las transformaciones de la estructura agraria afectaron la disponibilidad de la mano de obra.

A medida que avanzaba el siglo XIX las tierras de los indios fueron el blanco de la legislación agraria de las repúblicas, que buscó desvirtuar la legitimidad de sus posesiones y atacó los fundamentos mismos de su existencia basados en la explotación comunal. Así, «con la ley y con la fuerza, los gobiernos nacionales del siglo XIX, dismantelaron la protección colonial, otorgada a las comunidades, preparando de esa manera el camino para la expansión del latifundio y para la constitución de un mercado de fuerza de trabajo² liberado de las trabas institucionales de antaño».

Con la Ley o con la fuerza se procuraron los gobiernos republicanos la tenencia de la tierra que necesitaban para promover sus políticas liberales. En el caso colombiano el aparato legislativo bastó para que a mediados del XIX, el resguardo estuviera desintegrado. En la práctica las tierras de resguardo adyacentes a los ejes de producción y distribución de la agricultura comercial ya habían sido desarticuladas. No obstante existieron casos en los que la tierra fue expropiada por medio del uso de la fuerza, acompañada en ocasiones de la extinción total o parcial de los indígenas. Tal fue el caso de Argentina en donde la guerra abierta contra los indios fue la opción elegida para la integración territorial que correspondía a los intereses de los sectores dominantes.

La experiencia argentina en la segunda mitad del siglo XIX es un contraste interesante para el estudio de los casos en los que la expropiación territorial se valió mayoritariamente de herramientas jurídicas. Además esto se puede relacionar con las diferentes experiencias de configuración étnica en América Latina.

Antecedentes históricos del Resguardo

Los orígenes del resguardo se remontan a las reales cédulas establecidas a partir de las Leyes Nuevas de Carlos V en 1542 dirigidas a regular las relaciones interétnicas en la América colonial, las cuales tenían validez y vigencia absoluta para todas las posesiones de ultramar.

Entre 1550 y 1565, en la Nueva España comienza a desarrollarse, con la participación de las ordenes mendicantes, una política indigenista conocida con el nombre de *reducciones*, que vendría a concretarse entre 1590 y 1610 con las llamadas *congregaciones*. En el caso peruano se estableció a partir de 1570 bajo la dirección de los oficiales reales supervisados por el propio virrey Francisco Toledo, y también recibieron el nombre de *reducciones* y en la Nueva Granada su implementación fue conocida con el nombre de *resguardos de indios* desde el último tercio del siglo XVI.

La decisión de la corona de ejercer un mayor tutelaje sobre los naturales de América, obedeció al fracaso de la institución de la encomienda, dado que esta tuvo efectos contrarios a los esperados por las autoridades españolas, debido a que los abusos cometidos por los encomenderos sirvieron para aumentar la resistencia de los indígenas a la acción doctrinaria y diezmar aún más su población.

Los resguardos constituyeron un elemento más de una política global de la corona española que tenía la intención de corregir el alarmante decrecimiento experimentado por la población indígena a lo largo del siglo XVI. Pero su creación también obedecía a un interés económico para la corona. La historiadora Nelly Velázquez afirma que la estrategia de los resguardos fue parte de un proyecto más amplio y

ambicioso relacionado con el establecimiento durante el siglo XVII, de una nueva orientación económica que fomentó la organización del espacio colonial en América. Teniendo concentrados a los indios se protegía mano de obra *barata*, así como se resolvían los problemas de abastecimiento de la población no indígena³.

El resguardo también obedecía, aunque en menor medida, a unos intereses culturales y religiosos dado que mediante la concentración de indígenas en pueblos de indios o pueblos de doctrina se auspiciaba la asimilación sociocultural de los naturales a los modelos y patrones de socialización europea, y su aculturación según parámetros occidentales⁴. Adicionalmente el resguardo también posibilitaba solucionar el problema de implementar la doctrina cristiana, porque la corona consideraba que la residencia diseminada de los indígenas era la causa fundamental de la persistencia de sus idolatrías y prácticas culturales tradicionales. Es por esta razón que la estructura jurídica general de la institución del resguardo estuvo permeada por disposiciones y ordenanzas que propugnaban el estricto cumplimiento de la doctrina cristiana⁵.

La adjudicación de resguardos implicaba entregar a una determinada comunidad una extensión de tierra para su explotación comunal, de la que una parte se dividía en parcelas para el usufructo individual de cada familia,

y la otra, la porción más extensa del total de la tierra, debía ser trabajada comunalmente para que su explotación permitiera obtener lo que los pobladores del resguardo rendirían luego como tributo.⁶ Este derecho les era concedido con carácter vitalicio y hereditario, su enajenación estaba prohibida.

Sin embargo los indígenas les dieron a las tierras de resguardo usos distintos a los estipulados por las leyes, de los cuales el más notable y el que mayores cambios introdujo en el desarrollo de esta institución fue el arrendamiento. Los indígenas apelaban al arrendamiento para cubrir parte del tributo anual que debían pagar a la corona⁷, lo que se generalizó y convirtió en un fenómeno incontrolable.

EL RESGUARDO EN LA REPÚBLICA DE COLOMBIA

*La ley los ha dejado entregados a sus propias fuerzas: intentando hacerlos hombres libres, los han hecho esclavos de la miseria.*⁸

Si bien durante la última parte del régimen colonial la tendencia a reducir tierras indígenas de resguardo estuvo presente, para el siglo XIX esta situación se profundizaría cada vez más. Salomón Kalmanovitz afirma que después de la independencia fue evidente una política más cruda frente a los derechos de propiedad de las comunidades indígenas y la gran masa de la población. Tanto las relaciones sociales como las instituciones que dejó el régimen colonial fueron vistas por los con

temporáneos como la principal traba al posterior desarrollo de las fuerzas productivas de la república⁹.

La independencia le permitió a los sectores dominantes desarrollar una política más conveniente para su expansión comercial: de hecho la forma en que se adjudicó la tierra, evidenció la existencia de un nuevo régimen político, que vendría a consolidarse en la segunda mitad del siglo XIX, cuando la mano de obra y la tierra fueron separadas en virtud de la creciente valorización de estos recursos como consecuencia de los cambios en la producción.

Una de las características de este proceso fue crear condiciones para que el indígena se integrara al nuevo sistema como individuo, lo que implicaba el debilitamiento de los lazos comunitarios en detrimento de los mecanismos de resistencia cultural y supervivencia económica.

Sin embargo Kalmanovitz formula que al país le sobraba tierra y le faltaba mano de obra. Por tanto la disolución de los resguardos en el caso colombiano apuntaba más a la fijación de los indígenas en las haciendas, que a la liberación de las tierras¹⁰. Adicionalmente, el resguardo, por pertenecer a un régimen de propiedad comunal limitaba la profundidad y extensión del mercado puesto que restringía la capacidad de consumo de las masas indígenas¹¹.

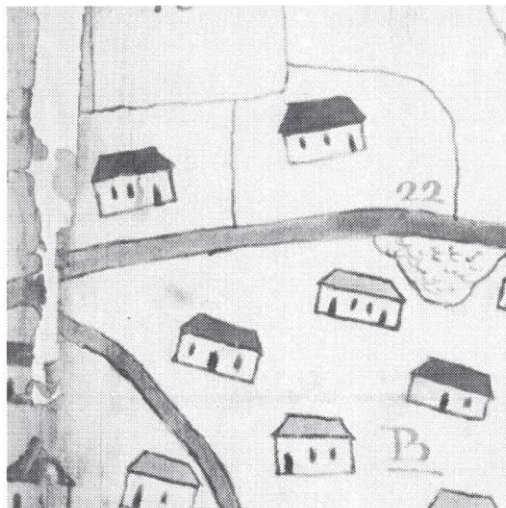
Durante el siglo XIX las exportaciones colombianas de bienes de

consumo agrícolas se incrementaron, razón por la cual la tierra también se valorizó convirtiéndose en la principal fuente de riqueza pues su demanda iba en aumento. Toda esta corriente progresista en que se enmarcaba el país, es expresada por Castillo Rada que como ministro de Hacienda en 1820, sostenía enfáticamente la tesis de que el país debía hacer más productiva su agricultura para que sirviera de base a la industria y el comercio¹².

Un punto de vista común entre los intelectuales de la época, era que las políticas del liberalismo del siglo XIX constituían la terapia necesaria para convertir un atrasado territorio indígena en una nación moderna, de tal forma que las políticas liberales parecen haber acelerado el cambio en el uso de la tierra de una agricultura de

subsistencia a una agricultura comercial. Así que fomentando la disolución de instituciones tradicionales como el resguardo, conseguirían asimilar la población rural y los mercados urbanos para lograr la integración nacional.¹³

Al respecto Juan Friede formula que para el estado colombiano el problema era el siguiente: la destrucción legal y pacífica de los resguardos indígenas y la liberación de una masa de indios trabajadores y por ende la formación de un proletariado rural en beneficio de los intereses de quienes podían comprar las tierras y de los que teniéndolas necesitaban mano de obra para explotárlas. La desintegración se proclamaba en nombre del progreso nacional¹⁴.



La Legislación Republicana

"Los indios: ¡Pobre raza! En el infierno de Dante, algunos de ellos deberían estar dedicados única y exclusivamente a torturar conquistadores y legisladores."¹⁵

Una lectura de la legislación emitida durante la república es una buena ventana para observar la incidencia de las políticas liberales en el proceso histórico de la desintegración del resguardo. Sin embargo no se puede perder de vista que en la práctica la legislación sigue diversos rumbos condicionados para el caso de los resguardos por factores geográficos, económicos o demográficos.

Es importante señalar que existió consenso entre los diversos grupos dominantes de la república en lo referente a la formulación

de las leyes sobre la repartición de resguardos. Esta legislación tuvo como base, la concepción racista de la diferencia natural existente entre el indígena y el ciudadano y que legalmente podía ser superada si el indígena recibía los beneficios de la civilización y dejaba de pertenecer al sistema comunitario considerado anacrónico¹⁶. Además la integración del indígena al sistema económico podía darse únicamente con la eliminación del resguardo y su conversión en propietario directo, para lo cual se estableció la concesión de la parcela familiar en propiedad particular e individual, y el arrendamiento o venta de los terrenos sobrantes de la comunidad.

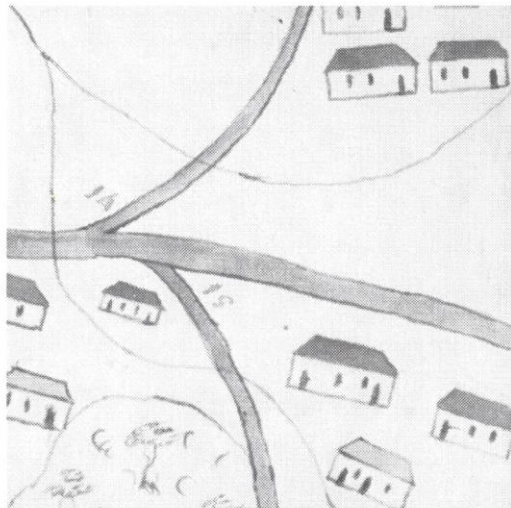
En la legislación de la República, se pierde el concepto mismo de colectividad, se pierde la visión

de una comunidad de indígenas y solo se ven individuos. Así lo consagra la ley del 20 de mayo de 1820 del Congreso de Cúcuta:

Artículo 3: integrados los resguardos en lo que se les haya usurpado, los jueces políticos, repartirán a cada familia tanta extensión de terreno cuanto cómodamente pueda cultivar cada una, teniendo presente el número de personas de que conste la familia y la extensión total de los resguardos¹⁷.

Con respecto a este artículo cabe anotar que para el indio la repartición del resguardo implicaba que rápidamente se vería alejado de su tierra. Pues así tuviese un terreno que trabajar, éste no siempre proveía lo suficiente para cubrir la manutención de su familia y adicionalmente cumplir con las obligaciones tributarias. Además esta política contribuía a disgregar la comunidad, lo que les hacía más vulnerables a las ambiciones de hacendados terratenientes. Incluso hasta los curas podían aprovecharse de esta situación:

"...una medida legal de carácter benévolo hizo, que estas tierras quedarán en manos de los indios, impidiéndoles que las vendieran, excepto bajo ciertas condiciones; pero al difundirse la idea de libertad, se vio que no era democrático restringir la libertad individual. Varias legislaturas provin



ciales están estudiando ahora este asunto, en algunas provincias las tierras de los resguardos solo se pueden vender en subasta pública, pero en otras cualquier persona que logre convencer a uno de estos indios ignorantes de que le venda las parcelas las puede comprar, por más barato que sea el precio. Me duele saber que muchos han vendido sus tierras. Uno de los más acuciosos compradores de tierras de resguardos es el cura de Choachí, quien es hoy dueño de una extensión que antes ocupaban una veintena de familias¹⁸. (escrito en 1850)

Así la lucha por la tierra del resguardo es también la lucha por conservar la forma colectiva del derecho de propiedad sobre ella.

En el artículo 9 de la misma ley, se desprende un factor importante para entender el esfuerzo que la República hizo para "civilizar" al indígena:

Artículo 9: todos los jóvenes mayores de cuatro años y menores de catorce asistirán a las escuelas donde se les enseñarán las primeras letras, la aritmética, los principios de la religión y los derechos y deberes del hombre y del ciudadano en Colombia conforme a las leyes¹⁹.

Martha Moscoso afirma que el

proceso de civilización del indígena quedaría concluido con su integración al sistema escolar, de tal forma que el saber iría de la mano de la desintegración comunal.²⁰

En síntesis el congreso de Cúcuta declaró que los indios eran capaces de desempeñar cualquier oficio público y abolió todas las restricciones coloniales relativas a la residencia de los diversos grupos étnicos en lugar determinado. Al mismo tiempo el congreso de Cúcuta prohibió la explotación arbitraria y no retribuida del trabajo de los indios por cualquier persona.

La ley del 11 de octubre de 1821 complementó las disposiciones contenidas en el decreto anterior eximiendo a los indígenas de pagar el degradante impuesto del tributo. Más adelante el decreto del 15 de octubre de 1828, ordenó que los indígenas desde de los 18 hasta los 50 años, deberían pagar una contribución que se llamó "contribución personal de indígenas"; carga que nuevamente gravó sus medios de vida.

Luego la ley del 6 de mayo de 1832, habla nuevamente de repartir los resguardos indígenas, dando comienzo a una política devastadora pues los indígenas carentes de representatividad en los medios oficiales y desconocedores de los recursos legales comienzan a ver como sus tierras pasan a formar parte de los extensos latifundios. Frente a la gravedad de estos hechos, se dicta una serie de decretos que sus-

penden temporalmente la disolución de los resguardos de indígenas en algunas regiones del país²¹.

En suma, las normas que se dictaron en 1821, 1832 y 1843, abrieron la posibilidad de pasar la propiedad de indígenas a manos de particulares, aunque las leyes no implicaban la enajenación automática de las tierras, pero al permitir la libre negociación hizo inevitable que en el mediano plazo desapareciera el vínculo que integraba las comunidades indígenas.²² La tregua en las políticas en contra del resguardo duró alrededor de cincuenta años y culminó con la ley básica 89 de 1890, que regula la organización interna del resguardo indígena, y adopta la conservación de algunas de sus formas tradicionales.

Situación del indio despojado de sus tierras

Es claro que la institución del resguardo fue eliminada no tanto por pertenecer al régimen colonial, sino porque impedía la explotación de las masas indígenas y la apropiación de la tierra. El sistema político posterior a la independencia eliminó varias instituciones tradicionales que obstaculizaban la explotación de las masas rurales. Al respecto Mc Greevey formula que la libertad que proclamaban las reformas era en realidad la libertad de la élite para aprovecharse de las desigualdades existentes y del monopolio del poder²³. Estas reformas aceleraron el proceso de

concentración de la propiedad en pocas manos y como consecuencia de ello se acrecentaron aun más las desigualdades económicas y sociales. Los indios fueron desterrados y se convirtieron en jornaleros que trabajaron barato en las haciendas del país.

Después de repartir los resguardos en parcelas se ha constatado que la propiedad no se conservó por más de dos generaciones, pues los indios tendieron a vender sus parcelas dado que su explotación económica no siempre fue muy viable. Las tierras asignadas en su mayoría eran de peor calidad que sus antiguos resguardos²³. Sin embargo el tema adolece de una carencia bibliográfica porque después del trabajo de Margarita González sobre el resguardo colonial, no ha existido un esfuerzo sistemático que dé cuenta del destino final de los indígenas y sus tierras.

Según el trabajo de Valencia Villegas²⁵ el indio se vio condenado a derivar su sustento de la precaria parcela que era insuficiente y buscar medios de vida como asalariado. Así al quedar monopolizada la tierra de los resguardos, la mano de obra indígena quedaba también disponible para ser vinculada a la economía monetaria²⁶. Sin embargo, este argumento no se demuestra satisfactoriamente en el trabajo de fuentes de esta monografía, y queda por demostrar la veracidad de la explicación.

Finalmente el resguardo sobrevivió a las reformas de 1850 y sub-

sistió en algunas regiones del sur del país, al respecto Álvaro Tirado Mejía establece que la supervivencia del resguardo en el sur, se debió en gran parte a que el desarrollo capitalista de la región fue menor que en el resto del país. En suma el resguardo perduró en donde lo permitió el aislamiento geográfico²⁷.

LA TIERRA DE LOS INDIOS EN EL SIGLO XIX EN ARGENTINA.

Panorama de la situación indígena en el siglo XIX

Los aguerridos indios de las pampas argentinas supieron guardar por siglos sus tierras frente al avance español. En el proceso independentista se aliaron con los criollos para defender el cabildo de Buenos Aires, luego se unieron a una milicia de voluntarios para lograr la emancipación de los dominios coloniales de La Plata. Pero más adelante sus descendientes fueron masacrados por los gobiernos de la república, aquella que ellos mismos, en los albores del XIX, ayudaron a construir²⁸.

Durante los últimos años del virreinato, la paz se mantenía de forma precaria con los aborígenes *pampa*, *mapuche*, *ranquel*, *picunche* y otros grupos sureños, mediante tratados de paz que se renovaban periódicamente. Cabe recordar que las inmensas regiones del Chaco y del lejano sur permanecieron ajenas a la colonización.

Fue en el año 1832 mientras los federales conseguían el poder en la Plata y Juan Manuel Rosas terminaba su primer período, cuando se presentó a la legislatura un minucioso plan de campaña que prometía someter al indio indómito del sur y extender los dominios rioplatenses hasta las propias riveras del río negro.(MAPA)

La caída de Rosas favoreció cambios significativos: políticamente el país dejó de ser esa sociedad caótica y fragmentada por el liderazgo de los caudillos, y comenzó a superar gradualmente sus conflictos interregionales para formar un estado nacional, que paulatinamente iría adquiriendo autoridad en toda la república.

La constitución de 1853 pretendió amparar al indígena y "proveer la seguridad de las fronteras; conservar el trato pacífico con los indios, y promover la conversión de ellos al catolicismo"²⁹. Sin embargo la realidad fue otra. Cuantiosas extensiones de tierra de excepcional calidad para el cultivo y el pastoreo constituían a mediados del XIX la mayor de las riquezas de Argentina, sobre la Pampa, Mendoza y San Luis pero buena parte de estos territorios estaban bajo dominio indígena. En el "Desierto" constituido por la región chaqueña del nordeste y la pampa patagónica, centro y sur del país, se llevaría una larga y sangrienta "epopeya", cuyos episodios finales culminarían en 1885.

Los *pampa*, *ranquel*, *mapuche*, *tehuelch*, *picunche* entre otros,

acusaban a criollos y españoles por robarles sus bienes, de cercar los pastizales y las aguadas donde crecía el ganado cimarrón, mientras decían ser víctimas de las incursiones hostiles por los "malones" (así le llamaban a los blancos que los atacaban) para recuperar lo que les pertenecía. El más temido y respetado de los caciques de la Patagonia fue el Lonko Juan Calfucura, llamado Piedra Azul, quien levantó sus toldos entre los valles próximos a Salinas Grandes y desde allí organizó la confederación Indígena que logró convocar una gran cantidad de tribus dispersas que mantuvieron una firme resistencia.

La muerte de este líder indígena en 1873 resultó decisiva para el debilitamiento de la resistencia indígena. Cuando Nicolás Avellaneda subió al poder en 1874 se comprometió a someter definitivamente a los indígenas. Era una medida necesaria para que se consolidara el régimen de propiedad privada, la división técnica del trabajo y la creciente especialización productiva, determinada por un mercado nacional que incesantemente demandaba materias primas.

Adolfo Alsina, ministro de guerra de Avellaneda prometió la conquista de dos mil leguas explotables mediante la ocupación paulatina de determinados puntos estratégicos del territorio indígena. De esta forma se ocuparon violentamente regiones vitales con las comandancias de frontera, y se resolvió la instala-

ción de las familias de los soldados de la tropa, para lo cual se distribuyeron tierras útiles de labranza y semillas. De esta manera se logró extender la frontera del "país civilizado".

A la muerte del ministro Alsina el cargo fue asumido por el general Julio Argentino Roca, quien no estaba de acuerdo con la estrategia que había utilizado Alsina. Roca patrocinaba la guerra ofensiva, él pretendía eliminar la indiada entre la frontera y los ríos Negro y Nequen para luego llevar hasta allí la ocupación. Así al indio se le oponía no una frontera en forma de zanja abierta en la tierra, sino la grande e insuperable barrera del Río Negro, profundo y navegable en toda su extensión, desde el océano hasta los Andes³⁰.

El siguiente aparte de un discurso de Roca, habla por sí mismo: "Hasta nuestro decoro como pueblo viril nos obliga a someter cuanto antes, por la razón o por la fuerza, a un puñado de salvajes que destruyen nuestra principal riqueza y nos impiden ocupar definitivamente, en nombre de la ley del progreso, y de nuestra propia seguridad, los territorios más ricos y fértiles de la República..."³¹

El éxito de Roca en su avanzada por el Río Negro y su posterior remate garantizaron indiscutiblemente el triunfo de su candidatura a la presidencia de la nación; "para llegar a estos resultados fue necesario efectuar una verdadera limpieza del desierto, minuciosa y cruel, liquidadora de tribus,

descabezadora de clanes, que habían reinado omnipotentes, haciéndose célebres por su astucia, crueldad y arrojo"³².

Al culminar la conquista del desierto el general Roca supo capitalizar su prestigio: desmontó el sistema de poder caudillista y asentó las bases de la Argentina oligárquica. Así se definía el rumbo de la nación: se habían delimitado las fronteras, se incorporaban las tierras anteriormente ocupadas por los indios y su nuevo ritmo se ajustaba al carácter de la demanda de los mercados internacionales.³³ Igual que como ocurrió en Colombia la política liberal había eliminado uno de sus principales obstáculos en pro de los nuevos intereses económicos, inspirados por el ideal del progreso nacional.

Los indios capturados tuvieron un destino aun más cruel que la muerte. Algunos llegaron encadenados por la Avenida de Mayo y fueron conducidos a la cárcel de la isla de San Martín. Otros fueron enviados a trabajar en el empedrado de las calles porteñas y rosarinas. Muchos murieron de viruela u otros males, y sus cadáveres fueron arrojados al Río de la Plata o enterrados en fosas comunes. Otros miles fueron trasladados a Tucumán, para el trabajo de los ingenios azucareros, a Entre Ríos para el laboreo de los campos, o incorporados a la milicia. Las mujeres y los niños fueron distribuidos en las ciudades para el trabajo doméstico, y a unos pocos los redujeron en reservas, cuyas tierras fueron, y

siguen siendo, objeto de continuos despojos³⁴.

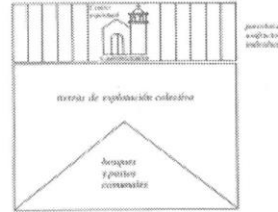
Conclusiones

A manera de conclusión podemos afirmar que las nacientes repúblicas liberales de Colombia y Argentina formaron parte de la tendencia común del resto del continente durante el siglo XIX, de asociar el liberalismo con la idea de progreso y liberación del pasado colonial, lo que implicaba en el plano económico impulsar una administración de los recursos naturales mucho más productiva que les permitiera integrarse al mercado internacional.

Tanto en Colombia como en Argentina sus dirigentes creían que las metas del proyecto liberal en su aspecto económico, se alcanzarían expropiando las tierras indígenas y vendiéndolas a precios cómodos a los latifundistas que impulsarían la producción y explotación del territorio.

En Colombia la mano de obra indígena que se liberaba con la desintegración del resguardo, importó más que las mismas tierras. Cuando al indio se le quitaron sus legendarios medios de subsistencia basados en el trabajo comunal de las tierras de resguardo, y le convirtieron en ciudadano con solo una pequeña parcela que no le era suficiente para su subsistencia, lo arrojaron inevitablemente a vender su fuerza de trabajo, no obstante esta es una realidad de la cual todavía la historiografía no se ha ocupado con detenimiento. Así mismo faltan estudios que nos den cuenta del destino de las tierras de resguardo y de sus antiguos moradores.

De alguna manera resulta paradójico que en el te-



Fuente: Margarita González

ritorio colombiano, tanto la corona española como la república buscaron asegurar la mano de obra indígena: la corona estableciendo el resguardo, la república desapareciéndolo, lo que de alguna manera nos permite pensar que la condición del indio siempre estuvo supeditada al trabajo ya sea forzado como ocurrió en la colonia o «libre» como de manera obligada se configuró en la república.

Los indios argentinos a diferencia de los colombianos no fueron subordinados o «protejidos» en instituciones como el resguardo, ellos mantuvieron gran parte de sus tierras al margen del colonialismo español, por tanto fueron tres siglos en que se hicieron fuertes y salvaguardaron tanto su autonomía como su tierra, solo la aniquilación casi total de sus comunidades hacia finales del siglo XIX hizo posible que de sus tierras se apropiaran los dirigentes republicanos.

Este amargo episodio de la historia de las comunidades indígenas del territorio argentino, puede explicar por qué este país se vio obligado a poblarse y desarrollarse con mano de obra inmigrante generalmente de origen italiano, condición que explica la configuración étnica actual de Argentina, la cual contrasta nítidamente con otros espacios latinoamericanos.

notas

- 1 "La independencia no trajo la abolición de la institución del resguardo. La justificación mayor que se daba en los primeros años de la República para la continuación de esta institución colonial era la de que los indios no se les podía quitar su única posesión, pero tras esta explicación se ocultaba el deseo de continuar explotando al indio en las formas serviles tradicionales. Esta situación se prolongó hasta mediados del siglo XIX, época en la que el resguardo quedó formalmente abolido". Margarita González. «El Resguardo en el Nuevo Reino de Granada». Bogotá, El Áncora Editores, 1992. p. 124
- 2 «Los Andes en la Encrucijada. Indios, comunidades y Estado en el siglo XIX». Heraclio Bonilla. Compilador. Ediciones Libri Mundi. FLACSO. Quito. 1991. p. 8.
- 3 Velázquez, Nelly. «Población, Indígena y Economía. Mérida siglos XVII y XVIII». Universidad de los Andes. Consejo de Publicaciones CDHT, Mérida. 1995. 103pp.
- 4 Adolfo Triana Antoveza, «Los resguardos indígenas del sur de Tolima». En: «Encrucijadas de Colombia amerindia» Francois Correa, editor. Instituto Colombiano de Antropología. Colcultura, 1993.
- 5 Op. Cit. Velázquez...p. 45
- 6 Op. Cit. González Margarita ... p 37
- 7 González, Margarita. «El Resguardo en el Nuevo Reino de Granada». Universidad Nacional de Colombia, 1970.
- 8 Valencia Villegas, Betty. «Desintegración del resguardo indígena en la primera mitad del siglo XIX». Tesis inédita. Pontificia Universidad Javeriana, 1980. La frase es de José María Groot, citada en este texto.
- 9 Kalmanovitz, Salomón. «El régimen agrario durante el siglo XIX en Colombia». Nueva Historia de Colombia. Tomo II. Editorial Planeta. Bogotá, 1989.
- 10 Ibid, p. 105
- 11 Valencia Villegas, Betty. p. 27
- 12 Ibid p. 31 citado allí.
- 13 Mc Greevey, William. «Historia Económica de Colombia 1845 – 1930». Editorial Tercer Mundo. Bogotá, 1975. p. 139
- 14 Friede, Juan. «El Indio en lucha por la tierra». Editorial Punta de Lanza. Bogotá, 1976. pp. 100 – 101.
- 15 Holton Isaac. «La Nueva Granada: Veinte Meses en los Andes». Publicaciones Banco de la República. Bogotá. 1981. p. 260
- 16 Moscoso, Martha. «La Tierra: espacio de conflicto y relación entre el estado y la comunidad en el siglo XIX» En: «Los Andes en la encrucijada».
- 17 «Decretos del Libertador». Publicaciones Sociedad Bolivariana de Venezuela. Caracas, Imprenta Nacional. 1961. Tomo I (1813 – 1825) p. 195





a
o
b
n
ta
re
c
se

U
b
n
c
c
e
j
n
c
f
el
p
la
-e
h
p

Si
in
q
f
e
v

E
te
pl
p

00000000000000000000 **GOLIARDO** 40

reflexiones

SOBRE UNA HISTORIA AMBIENTAL
de Bogotá

miradas para las COLIARDO

Julián Osorio
Estudiante Universidad Nacional

Para comenzar es necesario definir qué es el ambiente, pues son las aproximaciones parcializadas o erradas las que desencadenan los principales problemas de esta propuesta para la historia. Continuamente se marginan los estudios socio ambientales partiendo de la base de que todo problema relacionado con el entorno natural debe ser tratado como un tema ecológico y la discusión y solución se da a través de las ciencias naturales.

Un ejemplo que puede ayudar a ilustrar este problema es el estudio de la extinción de la fauna nativa de los humedales de la Sabana, y la reducción de la superficie de este ecosistema "endémico" de Bogotá. Al problema se le da un enfoque exclusivamente biológico y se llevan a cabo trabajos de clasificación y recuento de especies de fauna y flora, análisis químicos sobre la contaminación de los cuerpos de agua, y estudios sobre morfología e hidrología de la zona afectada. Así se teje el problema marginando los fenómenos generados por la acción de los seres humanos en sociedad: la expansión urbana, las prácticas agrícolas son -entre otros- ejemplos de la forma en que el ser humano se involucra como agente activo del problema "ecológico".

Si es cierto que el *enfoque ambiental* se propone la inclusión de lo social dentro de la problemática que afecta el entorno natural, deben realizarse esfuerzos consistentes en este sentido, en la medida en que la *perspectiva social* debe ser la que convierta los problemas en objeto ambiental.

En este sentido la historia tiene un aporte importante por hacer. Algunas características de esta disciplina lo favorecen. En particular nos referimos a la perspectiva temporal y al manejo de las fuentes

que sumados a la capacidad descriptiva pueden ofrecer múltiples perspectivas para explicar y proponer soluciones a la cuestión ambiental desde el seguimiento de los procesos de larga duración. La historia es capaz de acercarnos a un conocimiento del pasado de la ciudad que en el contexto ambiental permita ver procesos de cambio con mayor nitidez y que, superando otras aproximaciones historiográficas resulte en una comprensión global de las transformaciones que han acontecido en Bogotá y la zona relacionada.

La historiografía existente sobre Bogotá se ha centrado en estudios de carácter urbano, referentes al cambio arquitectónico, las dinámicas poblacionales, y los problemas del crecimiento¹, también se han realizado trabajos sobre problemas sociales y la recuperación de la memoria histórica de la ciudad². Este tipo de trabajos se basa en elementos en interacción entre lo urbano y lo social descartando de plano el contexto ambiental.

Por ejemplo el problema de las inundaciones que afectan de forma periódica a algunos sectores de la Bogotá³ se han interpretado como una falla en la planeación del crecimiento de la ciudad y la dotación de infraestructura (redes de alcantarillado). Sin embargo no se hace explícita la relación que existe entre este problema y el de la construcción de los barrios a través de la usurpación de los espacios naturales de los cuerpos de agua del área de la ciudad: ríos, lagos y humedales son eliminados a favor de sostener el crecimiento físico de la ciudad. Sin embargo es importante resaltar que la base y los fundamentos de una historia ambiental están en el material precedente, es decir en aquella historiografía urbana y social que dicta las pautas temporales y los problemas metodológicos a solucionar.

PERSPECTIVAS HISTÓRICO - AMBIENTALES

Conocer el pasado de la ciudad en términos ambientales es importante en la medida en que permite configurar una visión global del proceso de cambio, que se remonta a mucho antes del proceso de conquista: hay que reevaluar y repensar a Bogotá como un problema de investigación histórica, destacando el valor estratégico que tienen los estudios ambientales para el desarrollo de nuevas visiones en estudios de región y ciudad, y vincular a la historia en las acciones participativas de construcción de ciudad, saliendo del círculo académico e interviniendo en la planificación de la ciudad.

A la hora de hacer una aproximación a los estudios históricos ambientales en el caso de Bogotá no sobra revisar problemas dentro del entorno social y urbano, ya que gran parte de estos problemas tienen una raíz ambiental. Anteriormente se trató el ejemplo de las inundaciones, pero el proceso que tiene mayor incidencia y que es la clave para penetrar en el campo de la historia ambiental en Bogotá, es el que se relaciona con el desarrollo de

la ciudad, sus causas y consecuencias dentro de una perspectiva histórica que señale las actitudes frente al entorno, tanto al interior (caso de la apropiación del espacio público), como el exterior de la ciudad (la sabana de Bogotá), y las visiones políticas en la planificación y el desarrollo que ha vivido Bogotá como centro urbano. Si bien dejarse eclipsar por lo meramente urbano y social es una gran tentación, no se debe ignorar que la ciudad en sí es un entorno con elementos naturales implícitos, como el suelo, el clima, el relieve, la altitud⁴ que sumados a los componentes artificiales como las edificaciones, la infraestructura vial y sanitaria, conforman el paisaje urbano: afectan de modo directo al componente natural e influyen en la calidad de vida del habitante de la ciudad.

¿POR QUÉ UNA HISTORIA AMBIENTAL DE BOGOTÁ?

Por último es necesario insistir sobre la importancia estratégica de la historia ambiental, como campo o tendencia, para renovar la historiografía con nuevas perspectivas investigativas que puedan involucrarse en la planeación de la ciudad y señalar sus problemas. La ventaja que ofrece la his-

toria ambiental a este nivel⁵, radica en su versatilidad logística: aproximación a centros documentales, la reinterpretación de las fuentes tanto documentales como visuales⁶, y la amplia oferta bibliográfica y documental sobre Bogotá para consultar e interpretar la ciudad como objeto ambiental.

Saliendo de la formalidad técnica que nos impone la realización de investigaciones históricas, vale aclarar que la importancia de los estudios histórico ambientales sobre Bogotá va más allá de enriquecer la historiografía local: reside en la necesidad de valorar en perspectiva las tendencias históricas en el manejo ambiental de la ciudad, como en el caso de la disponibilidad de recursos y alternativas de utilización que satisfagan las necesidades básicas de la población y estudiar -para entender y cuantificar- los indicadores de calidad de vida, que han tenido y tienen los bogotanos.

Una mirada a la historia ambiental de la ciudad, permite reconocer los problemas ambientales que persisten en la actualidad, quizá como reflejo de los problemas sociales, políticos económicos y culturales, que se han con-



densado en Bogotá a través del tiempo, obstaculizando acciones de recuperación ambiental, y repercutiendo en la calidad de vida de los bogotanos. Hay que pensar a la ciudad como un modelo sostenible que permita tener en futuro próximo un mejor lugar para habitar.

BIBLIOGRAFÍA

CORPORACIÓN MISIÓN SIGLO XXI. *Perfil ambiental de Santafé de Bogotá*. Bogotá: Corporación misión siglo XXI, 1996

FLÓREZ, Alberto. *El campo de la historia ambiental y las perspectivas para su desarrollo en Colombia*. PRETEXTOS. Bogotá: Departamento de Historia Pontificia Universidad Javeriana, 1998

OSORIO, Julián Alejandro. *Río Tunjuelo, una historia del agua*. Bogotá: Ensayo para el Departamento Administrativo de Acción Comunal Distrital, 1998

PRECIADO, Jair. *Historia ambiental de Santafé de Bogotá, D: C, siglo: XIX y XX*. Bogotá: inédito, 2000.

ROJAS ERASO, Ana. "Pasto ciudad y río, una experiencia para el desarrollo metodológico". BITÁCORA URBANA / TERRITORIO. Año 1. N° 3, Julio de 1999, Pg 27 – 47.

presupuesto distrital.

⁴ Los elementos ambientales que componen y caracterizan a Bogotá han sido trabajados a partir de informes hechos por la Corporación Misión siglo XXI (que carece de una perspectiva histórica sistemática), demostrando el potencial de trabajar el campo de la historia ambiental. Para este tipo de aproximaciones investigativas vale recomendar: "Perfil ambiental de



'QUIEN PADECE EG MAD BUSCA EG REMEDIO'
 La culpa a Bogotá viene y hará acción a la gente. Inocencia García, él de la higiene, se su hecho se mantiene y dierece transgredimiento.
 Bendito sea la inocencia que le cambian procura. Poesías y parientes, para la oficial inocencia es igual que no tiene cual

¹ En este tipo de trabajo sobre Bogotá, es de resaltar el aporte que viene realizando la cátedra de Historia de Bogotá por convenio entre las Universidades Nacional, Javeriana y de los Andes.

² BOGOTÁ HISTORIA COMÚN, este proyecto adelantado por el Departamento Administrativo de Acción Comunal Distrital, ha contribuido al rescate de la memoria histórica de la ciudad con la participación de los ciudadanos.

³ Este problema es cíclicamente tratado en trabajos carentes de perspectiva temporal, en las agendas locales, y en documentos que debe realizar cada Junta o Alcaldía Local de la ciudad, para la administración del

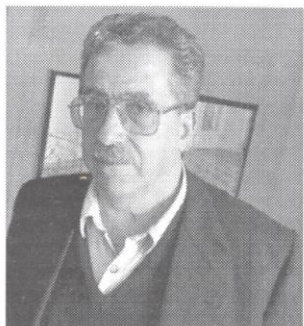
Santafé de Bogotá" de la Corporación Misión Siglo XXI".

⁵ La gran mayoría de estudios pioneros están referidos a estudios de caso, y en especial, a fuentes de agua. Por ejemplo se puede citar a: OSORIO, Julián A. "Río Tunjuelo: una historia del agua" y ROJAS, Ana "Pasto: ciudad y río, una experiencia para el desarrollo metodológico".

⁶ Es importante resaltar el papel que debe jugar la imagen en los estudios ambientales. Por estar estrechamente relacionados con el espacio, la imagen ilustra los cambios o permanencias y sugiere diferentes perspectivas de interpretación.

Josep Fontana*

Quisiera hablarles de la historia económica en este tiempo de desconcierto intelectual en que vivimos y sus posibilidades de futuro. Lo cual podría presentarse como la respuesta a una pregunta: ¿Qué puede hacer hoy el historiador de la economía, situado entre sus colegas los historiadores generalistas, si se me admite el adjetivo, que parecen haber perdido el norte y aquellos economistas que comienzan también a hacerse preguntas acerca del sentido de su trabajo?



El desconcierto de los historiadores me parece algo tan evidente, que no merece la pena que dedique mucho tiempo a convencerles de su existencia. Abandonaron primero el cultivo de la historia económica y social para ocuparse fundamentalmente de la cultura y han acabado pasando del estudio de la cultura como producto de una sociedad al de "la 'construcción' cultural de la realidad".¹ Incapaces de salir de la cárcel de las palabras, se interesan más en los discursos sobre los hechos que en el de los hechos mismos. Una ojeada a los textos teóricos del postmodernismo, basta para advertir que no se encuentra en ellos ni una sola referencia a la historia económica, sino que, según se ha dicho, "los análisis que implican causas económicas y sociales están siendo remplazados por la crítica de los textos y el análisis cultural".² En la historia posmoderna no hay hombres ni mujeres que trabajen, coman o pasen hambre, nazcan o mueran... Se han convertido en espectros verbales y con ellos ha dejado de tener sentido la propia historia: en un libro publicado hace poco se nos dice tácitamente, que "nadie confía ya en el conocimiento histórico ante cuestiones prácticas".³

*Agradecemos al profesor Fontana habernos permitido reproducir esta conferencia dictada en 1998 durante un congreso de Historia Económica en Argentina.

He dicho también que hay economistas que expresan dudas acerca del camino que está siguiendo su propia disciplina, que parece estar alejándose de los grandes problemas de la realidad que, por otra parte, son cada día más complejos y evolucionan a un ritmo cada vez más rápido. Mientras, los baluartes de la ortodoxia académica se dedican y cito la frase de un economista, "a buscar las vacuidades del puro rigor abstracto".⁴ En 1988 un grupo de economistas italianos de escuelas y tendencias diversas publicaba un llamamiento angustioso denunciando la reducción del trabajo de los economistas a la elaboración de documentos analíticos cada vez más refinados, olvidando que el objetivo principal de la economía debía ser "la comprensión de los problemas de la sociedad en su concreción e integridad, en su perspectiva histórica y en su cuadro institucional".⁵

De hecho la tendencia a establecer una ciencia económica deductiva y matemática fue en su origen un intento de aproximarla a la realidad. En los Estados Unidos la amarga experiencia del crash de 1929, que había puesto en evidencia la precariedad de los métodos de previsión, dio lugar a la formación de la Comisión Cowles. Esta se convirtió después de la segunda guerra mundial en un centro impulsor de estas nuevas tendencias y del establecimiento de estrechas relaciones entre los economistas y los centros directores de la política y los negocios. El sólido prestigio ganado en los años cincuenta hizo a la economía inmune a las crisis que la mayor parte de las ciencias sociales sufrieron a partir de los sesenta.⁶ Revisando los grandes cambios que en las ciencias sociales y humanas se han producido entre 1970 y 1995, David Hollinger observa que los economistas se han mantenido a salvo de ellos, "conservando la versión canónica de la disciplina", aunque sea a costa de "evitar las complejidades del mundo real con la misma determinación con que un metodista evita una taberna".⁷ Y si bien se ha conseguido obtener resultados brillantes, sobre todo en el campo de la microeconomía, donde se puede proceder con un número de variables muy manejable, conviene recordar que el ámbito de los problemas del mundo real que pueden analizarse eficazmente de este modo es limitado. Porque, como les recuerda Robert Solow

a quienes pretenden trabajar como si lo hicieran en una ciencia exacta, no hay unas leyes de la economía válidas para cualquier tiempo y lugar, y "la parte de la economía que es independiente de la historia y del contexto social no sólo es reducida, sino carente de interés".⁸

El uso de un instrumental analítico de carácter matemático es fundamental, pero con frecuencia el lenguaje matemático ha sido utilizado para escapar de la confrontación con el de la vida cotidiana que hubiera puesto de relieve la vacuidad de lo que, disfrazado adecuadamente, se puede hacer pasar como ciencia. Paul Krugman ha denunciado recientemente que mucho de lo que los economistas actuales hacen es "usar matemáticas ornamentales para decir cosas que podían haberse expresado igualmente en lenguaje llano o, en ocasiones, para decir cosas que hubieran parecido obviamente como tonterías, si su significado no estuviera oscurecido por las matemáticas".⁹

Pero no es de los problemas de la teoría económica, ni de los intentos de resolverlos a través de la teoría de juegos, del análisis institucional, de los modelos de trayectorias dependientes o de la aplicación a la economía de los estudios sobre complejidad y caos determinista de lo que me corresponde hablar, ni tengo la competencia para hacerlo. Lo que me importa, y es lo único de lo que me voy a ocupar, son las consecuencias que todo esto ha tenido en el campo de la historia económica.

Porque ocurre que una parte de nuestros colegas, ansiosos de escapar a los vaivenes que experimentan las ciencias sociales, cayeron hace unos años en la tentación de tomarse en serio la pretensión de convertir su disciplina en "una forma de teoría neoclásica aplicada", para decirlo con las infelices palabras de Peter Temin.¹⁰ Adoptaron el cuerpo teórico de la economía neoclásica como base esencial de su trabajo y generalizaron el uso de métodos de análisis econométricos, con lo que consiguieron permanecer en los departamentos de Economía, de donde ya habían sido expulsados los cultivadores de la historia del pensamiento económico. El resultado sería, como ha dicho Christina

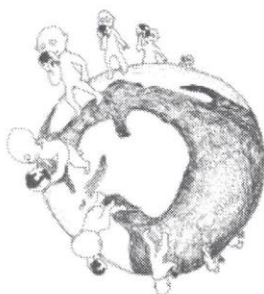
D. Romer, lograr que el campo de la historia económica fuese aceptado como "una parte integral de la disciplina".¹¹ A cambio, sin embargo, de renunciar a su identidad y de que sus cultivadores se convirtiesen en meros ilustradores de una teoría que otros elaboraban; lo que ha acabado reduciéndolos a miembros marginales de unos departamentos en que seguirán viviendo hasta el día en que un ajuste de personal ponga en evidencia el hecho de que sus colegas economistas los consideran prescindibles.¹²

La escasa entidad de su aportación al campo de la teoría económica se evidencia, por ejemplo, en lo poco que han sus quejas por esa falta de creatividad con estas palabras: "tengo la decepcionante impresión de que se inclinan demasiado a aceptar los modelos diseñados por los economistas de fines de siglo veinte para aplicarlos sin ninguna cautela a los datos de otros lugares y otros tiempos".¹⁵

Nuestros colegas cliómetras han vivido unas décadas felices, convencidos de que el futuro era suyo (de que, como decía Christina Romer "la guerra se ha acabado y la han ganado los buenos"). Es verdad que eran ignorados por los historiadores, pero ellos les respondían con su desprecio. También lo es, y eso resultaba más grave, que los ignoraba el público general, que suele encontrar ilegibles sus libros, pero se consolaban diciendo que ello era consecuencia de que sus trabajos eran "muy técnicos, de difícil

acceso para muchos lectores" (pero no debe ser sólo por eso, porque Solow ya había dicho, refiriéndose a estos mismos trabajos: "Aparte de otras consideraciones, no resulta divertido leerlos").¹⁶

La situación actual de esta versión ortodoxa de la historia económica no es precisamente optimista. Christopher Lloyd nos dice que está desapareciendo institucionalmente en una serie de países y denuncia que el panorama intelectual que ofrecen las re-



uniones de la disciplina es desalentador. Lo ilustra con lo sucedido en el coloquio celebrado en 1997 por la Economic History Association norteamericana, donde se presentaron comunicaciones en las que no se presentaba ningún problema de método, sino que respondían uniformemente al modelo de "razonamiento hipotético-deductivo, empleando teoría neoclásica ortodoxa (...) para llegar a conclusiones sobre la validez estadística de conjuntos de datos"; y dónde se escucharon exhortaciones a empezar a tomar-

se la cultura más en serio y discusiones acerca del modo de atraer más historiadores a sus reuniones, todo lo cual mostraba, nos dice, "una falta de confianza en su estricta ortodoxia".¹⁷

Lo que sucede es que al cabo de más de veinticinco años de "new economic history" -que empieza por tanto a no ser tan "nueva"- las promesas iniciales de los estudios de Conrad y Meyer o de Fogel no se han cumplido. Muchos de los trabajos posteriores no han sido más que elaboraciones cuantitativas sobre viejos datos. "Una historia de despacho", como ha escrito Emiliano Fernández de Pinedo.¹⁸ Historia que no parte, como sería necesario, del hecho bruto que surge del archivo; donde, como decía Thompson, "se encuentra la evidencia enigmática y ambivalente", que se presta mal a manejos elementales; sino que utilizan datos cuantitativos de segunda mano, sin plantearse demasiados problemas acerca de su significado real: el precio del trigo de una ciudad dada en un año determinado, por ejemplo, se convierte en un "hecho" que puede incorporarse a un modelo, ignorando que no hay trigo, sino trigos, que el precio de un año suma los datos de dos cosechas distintas o que el que obtiene el campesino endeudado es muy distinto al que conseguirá el traficante, para citar tan solo unas pocas de las muchas particularidades que pueden acabar redondeándose en la cifra media de un precio.¹⁹ Lo cual me recuerda aquellos versos de la 'Oda a los

números' de Neruda: "Fuimos/ empapelando el mundo/ con números y nombres/ pero/ las cosas existían,/ se fugaban/ del número,/ enloquecían en sus cantidades,/ se evaporaban/ dejando/ su olor o su recuerdo/ y quedaban los números vacíos".

Si al manejo de datos insuficientemente entendidos le añadimos el riesgo de operar con ellos a medio y largo plazo, sin tomar en cuenta los cambios que se producen en las condiciones sociales (olvidando que "la validez de un modelo económico puede depender del contexto social"), nos encontramos en la situación descrita por Solow: "un poco de habilidad y de persistencia puede llevarle a uno al resultado que desee. Pienso que esto explica porque tan pocos econométricos se han visto forzados por los hechos a abandonar una creencia firmemente mantenida. Se sabe de algunos favoritos de la fortuna que han conseguido escribir montones de artículos empíricos sin que ni una sola vez se hayan sentido obligados a citar un resultado que contradijese sus principios previos".²⁰ Esto escribió acerca de los econométricos. Pero traten ustedes de discutir con un cliómetra convencido de la bondad de su modelo y verán lo que sucede: ninguna evidencia va a apartarle de su seguridad de poseer una verdad trascendente.

Presos en el terreno de la abstracción, el refinamiento de los instrumentos econométricos les lleva, paradójicamente a una sim-

plificación cada vez mayor, la cual no solo perpetúa su exilio de la vida real, sino que les impide seguir a los economistas cuando estos se apartan de la vieja teoría elemental para explotar nuevos caminos. Un excelente manual de cliometría llega, incluso, a considerar los modelos de trayectorias dependientes (path-dependant) que toman en cuenta «los pequeños eventos históricos que pueden provocar fenómenos de coherencia capaces de determinar unívocamente el resultado final del proceso». Pero se ha forzado a añadir que "todavía se encuentran en fase experimental en el plano teórico, y las aportaciones empíricas son muy escasas"²¹. Es el miedo a abandonar la seguridad de las relaciones lineales para enfrentarse a lo accidental y lo contingente.²²

Lo peor del caso es que, ante la pobreza de los resultados que ofrecen los cliómetras, quienes se interesan por encontrar en la historia algo que les sirva para entender el mundo en que viven, pueden ir a caer en manos de prestidigitadores que les venden recetas insubstanciales; como parece haber sucedido con el deleznable libro de David Hackett Fischer sobre las "revoluciones de los precios", que les ofrecía a los hombres de negocios, hace apenas dos años, la tranquilizadora seguridad de que los ciclos y las crisis se habían acabado, lo cual ha sido rápida y contundentemente desmentido por la realidad.²³

Lo de Fischer puede verse como

un episodio intrascendente, pero revela una falta de defensas intelectuales que podría tener consecuencias más graves en un futuro inmediato, ante los problemas que puede plantearnos hacer frente al reto de integrar en nuestro análisis elementos de la teoría de la complejidad y de la autorganización (o, si ustedes lo prefieren, del caos determinista). Algo que los economistas parecen estar haciendo, por su parte, con prudencia,²⁴ pero sin poder evitar tampoco por completo las especulaciones de los prestidigitadores. Por ejemplo, un libro reciente de una consultora norteamericana de empresas e instituciones critica los planteamientos hechos en términos de "análisis cuantitativos y modelos de previsión deterministas" y propone formas de pensamiento estratégico basadas en "un proceso intuitivo, no lineal", en nombre de la "nueva ciencia de la complejidad".²⁵

Si esto sucede en un terreno que debería ser tan sensato como el de la administración de empresas, piensen en los estragos que pueden hacer en nuestro campo una escuela de novísimos historiadores económicos de la complejidad, que podría aparecer cuando los miembros más listos de las nuevas generaciones descubran que la cliometría ya no vende, que se puede pasar una media vida manejando números para acabar alumbrando trivialidades que, encima, no interesan más que a los otros miembros de la tribu, y que lo bueno es lanzarse por caminos que le

aproximen a uno a la ciencia actual más innovadora.

Nada resulta más fácil y agradecido que extrapolar argumentos tomados de la física o de las ciencias naturales para aplicarlos a las ciencias sociales. Un premio Nobel de química como Ilya Prigogine ha escrito que "tanto en dinámica clásica como en física, las leyes fundamentales expresan hoy posibilidades y ya no certezas. Tenemos no sólo leyes, sino acontecimientos que no son deducibles de las leyes"²⁶; algunos científicos naturales han recuperado los valores de la historicidad y afirman que "la naturaleza esta constituida por acontecimientos y por las relaciones entre ellos tanto como por substancias o partículas separadas", lo que les lleva a concluir que "la historicidad es una característica importante de la ciencia",²⁷ y un biólogo molecular nos asegura que su disciplina está abandonando «la fútil búsqueda de leyes» y convirtiéndose cada vez más en histórica. Literalmente, dice: «Muchos biólogos moleculares están convirtiéndose en historiadores a su pesar».²⁸ A lo que podemos añadir las afirmaciones de un paleontólogo como Stephen Jay Gould de que «los seres humanos son contadores de historias por naturaleza» y que «organizamos el mundo como un conjunto de relatos».²⁹ No ha de extrañar que todo esto halla servido para que algunos historiadores de la economía apunten la conveniencia de que las ciencias sociales abandonen también las falacias de la teleología y el progreso y tomen

modelo de visiones como la de la «teoría del equilibrio puntuado de Gould».³⁰

Hay muchas cosas que resultan interesantes para nosotros en este giro «historicista» de la ciencia. Pero hacer saltos morales desde la física o de la biología a las ciencias sociales puede tener consecuencias nefastas, como ha puesto de relieve el escándalo montado alrededor del «engaño Sokal» y la denuncia del seudocientificismo verbal de algunos filósofos.³¹

Y el temor se acentúa cuando se ve el mismo problema desde el otro lado, esto es, cuando se examinan los intentos de los científicos por extender sus especulaciones al campo del estudio de la sociedad. Porque, si bien parece evidente que algunos planteamientos hechos desde la teoría de la complejidad sugieren líneas de reflexión que pueden ser interesantes para repensar algunos problemas de la economía,³² uno siente un auténtico escalofrío de terror cuando lee algo como esto que les traduzco literalmente de un libro escrito por dos científicos respetables: «podemos trazar analogías entre los puntos de crisis asociados con la auto-organización y el caos que ocurre en procesos inanimados, como la reacción Belousov-Zhabotinsky, y ciertos fenómenos que se producen en sociedades humanas, tales como las revoluciones y el desorden civil».³³ Para aclararlo les diré que esa reacción BZ, como dicen los entendidos, es la que se produce cuando una mezcla de productos quí-

micos empieza a oscilar regularmente, cambiando de color y de pauta, lo que muestra que ha surgido espontáneamente un orden en el seno de la mezcla caótica. Stuart Kauffman nos dice que el estudio de estas reacciones puede explicar cómo se produce la muerte súbita en una arritmia, la distribución de las rayas de las cebras "y otros aspectos de morfología en organismos simples y complejos".³⁴ Todo esto fascinante, pero el salto que va desde mostrar cómo se forman las pautas de las rayas de las cebras a explicar cómo se producen las revoluciones me parece demasiado grande.

Pienso que nos conviene mantenernos al corriente de los avances de la ciencia. Una explicación sensata de conceptos de la teoría de la complejidad a campos concretos de la historia económica, como se ha hecho en el estudio de las ondas largas,³⁵ puede aportar resultados interesantes, y me parece igualmente razonable que corriamos lo excesos teleológicos de la historia tradicional con un mejor conocimiento de las nuevas visiones de la evolución biológica, a fin de evitar la ilusión de la fatalidad que crea la «retrospección». Por lo que se refiere a la propuesta hecha por una comisión de la Fundación Gulbenkian de que las ciencias sociales converjan con las naturales «para tratar a los humanos y a la naturaleza en su complejidad y en sus interrelaciones»³⁶ pienso que hay ya bastantes historiadores de la economía que

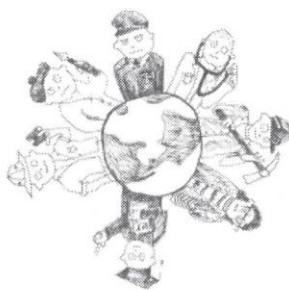
lo hacen: que toman en cuenta las relaciones de las sociedades humanas con el medio.

Pero cuando vemos que se meten en un mismo saco, calificándolos de sistemas históricos complejos, «el sistema solar, la tectónica terrestre, el macrosistema de la biosfera, la economía mundial y el sistema geopolítico mundial»³⁷ - y lo que les estoy leyendo es una cita literal - o que, como les acabo de contar, se nos propone explicar las revoluciones a partir de las reacciones BZ, conviene que practiquemos lo que Mario Bunge llama «la intolerancia frente al charlatanismo académico» para defendernos de los embaucadores que pululan por nuestro mundo.³⁸

Situados en medio de los historiadores y de los economistas, me parece que los historiadores de la economía tenemos la posibilidad de tomar todo lo que hay de aprovechable en los nuevos métodos y en las nuevas formulaciones de cada uno de estos campos - sin despreciar de entrada ninguno, porque incluso detrás de propuestas disparatadas suele haber un problema real que las suscitó y del que nos conviene tomar conciencia - y evitar al propio tiempo los errores de unos y las limitaciones de otros, lo cual resultará tanto más factible si podemos mantenernos fuera de los campos de concentración en que los jefes de fila de las grandes disciplinas académicas tienen recluidos a sus súbditos, retenidos tras las alambradas de la ortodoxia por la fuerza que les da el control del acceso a las plazas

de enseñanza, a los proyectos de investigación y la publicación en las revistas que cuentan para hacer curriculum.

A los historiadores les hemos de enseñar a volver a entrar en contacto con la realidad. Thomas Rawski ha escrito: «Los historiadores que desdeñan la economía pueden perder de vista factores que afectan a todas las situaciones históricas. Santos y pecadores, élites y masas, ricos y pobres - todos necesitan comida, vestido y cobijo».³⁹No es solo



esto, sino que los factores económicos determinan cuestiones tan importantes para los seres humanos como la duración y la calidad de su vida, en términos que difícilmente pueden reducirse a verbalismo. Según las cifras publicadas por el Banco Mundial⁴⁰ hay países donde los hombres y las mujeres tienen una esperanza de vida al nacer de tan sólo 38 años (como en Guinea - Bissau), mientras en otras llega a 80; hay países con tasas de analfabetismo de en los adultos del 86% (como en Níger), y otros (como

Zambia) donde más del 80% de la población está por debajo del límite de la pobreza (esto es, gana menos de un dólar al día en términos de equivalente adquisitivo).

De nuestros colegas economistas tenemos mucho que aprender. O, mejor dicho, que seguir aprendiendo. Me gustaría que quedase claro que en modo alguno menosprecio la importancia que tiene enfrentarse a la economía con un razonamiento teórico correcto, evitando caer en aquella actitud que Krugman reprocha a aquellos historiadores económicos que «antes consumirían un año en reunir datos, que un día en estudiar una teoría, aunque sólo sea para rechazarla».⁴¹ Podemos, sin embargo, compensarles ofreciéndoles en justo intercambio algo que les ayude a alcanzar, como pedían los economistas italianos que antes he mencionado, una ciencia económica que pueda borrar, para decirlo con sus mismas palabras, «la comprensión de los problemas de la sociedad en su concreción e integridad, en su perspectiva histórica y en un cuadro institucional». Una necesidad que tal vez resulte más evidente en momentos como éstos en que han fallado estrepitosamente algunas de sus previsiones (costaría muy poco reunir una antología de visiones optimistas sobre el futuro de Indonesia, por poner un ejemplo).

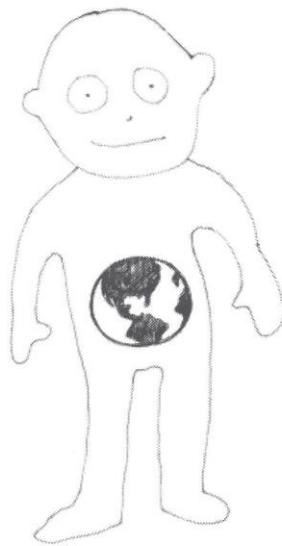
Porque en este mundo feliz donde el año próximo vamos a celebrar el cincuenta aniversario de la invención del desarrollismo, a

la vez que el décimo de la proclamación por Fancis Fukuyama de que se había llegado al fin de la historia, del segundo de que, una vez más, se anunciase el fin definitivo del ciclo económico. Ocurre que no ha habido el desarrollo que se anunciaba hace cincuenta años, que la historia que debió haberse acabado hace diez sigue removida en el Congo, en Kosovo, en Afganistán y en muchas otras partes del mundo, y que el ciclo económico, por desgracia, sigue causando estragos.

Podemos estar de acuerdo con nuestros colegas los historiadores posmodernos en que hay que abandonar la falacia de la marcha progresiva de la historia humana en la que fuimos educados, pero el hecho de haber descubierto que no hay un mecanismo espontáneo e invisible de progreso, no sólo no justifica la huida del mundo real al discurso, sino que nos obliga a implicarnos personalmente en la lucha por conseguir unos avances que ya no podemos esperar que nos traigan por sí solas «las leyes de la historia».

Debe preocuparnos por ejemplo -y éste me parece ser uno de los mayores problemas de nuestros tiempos-, el hecho de que en las últimas décadas se esté produciendo en una serie de países, no ya el progreso esperado, sino un retroceso. De acuerdo con las cifras del Banco Mundial, en 47 de los 133 países para los que se nos ofrecen datos del PNB per capita ha descendido entre 1985 y 1995 (entre estos países figuran muy destacado, como era de esperar, algunos del Africa

subshariana, como Ruanda, Angola o Camerún, pero también Nicaragua, Perú y Brasil). Esto afecta en conjunto a unos 800 millones de hombres y mujeres - a uno de cada siete de los habitantes del planeta -, pero es que estas cifras van a agravarse en los próximos años con los efectos de la crisis asiática (y esperamos que a esta no haya que añadirle una nueva crisis latinoamericana). De momento ya sabemos que a los 800 habrá que sumarles, para



empezar, los 200 millones de habitantes de Indonesia, la mitad de los cuales (unos 100 millones de seres humanos) -calculan los funcionarios del propio gobierno indonesio- se encontrarán a fines de este año por debajo de los niveles de pobreza.⁴²

No se trata de especular con las causas de la pobreza en el mundo, ni de hacer llamamientos para la movilización de ayuda humanitaria, dos actividades igualmente meritorias pero que no corresponden a nuestra esfera profesional. Lo que me parece es que un historiador tiene la obligación de investigar con las herramientas de su oficio los grandes problemas de su tiempo para ayudar a otros a entenderlos, y entre estos otros deben figurar en un lugar muy destacado los economistas, que son quienes van a tener que arbitrar soluciones para muchos de estos problemas, si se quiere ir más allá del discurso humanitario, falsamente neutral, de «Médicos sin fronteras».⁴³

Reconsiderar la vieja imagen simplista del crecimiento económico moderno nos ha llevado a plantearnos, por ejemplo, una visión alternativa del progreso de industrialización que admite que había en un principio diversas líneas de evolución posible y nos ayuda, con ello, a entender mejor las perspectivas actuales de formas de organización más flexibles que las de la producción en masa tradicional.⁴⁴ Una consideración a la que han llagado, por diversos caminos, tanto historiadores como economistas. Analizando la paradoja de que el reciente auge económico norteamericano, con revolución informática incluida, se haya desarrollado, a diferencia de lo que sucedía en el pasado, sin grandes aumentos de productividad (la tasa de crecimiento de la productividad en las empresas, que había sido de cerca de un tres por ciento anual entre 1947 y

1973, cayó a poco más de un uno por ciento de 1973 a 1997), Jeff Madrick concluye que ello tal vez se deba a que estamos pasando de una era de producción en masa estandarizada a otra «que puede estar volviendo a una versión tecnológicamente avanzada de una economía artesanal, basada en la habilidad, el conocimiento y la inventiva del trabajador, más que en la fuerza de las grandes fábricas y las cadenas de distribución».⁴⁵

Pero este tipo de análisis hay que hacerlo con cautela, poniendo en la tarea todas las exigencias de rigor crítico del oficio de historiador. Repensar el presente a la luz de una visión alternativa del pasado no debe conducir a las anacronías que surgen de algunos planteamientos nacidos del desencanto por el fracaso del desarrollismo, como la del grupo peruano de PRATEC, que parece querer partir hoy de los sistemas agrícolas nativos de los Andes, que posiblemente fuesen una alternativa viable en el siglo XVI, pero que difícilmente pueden serlo en un mundo en que el proceso de crecimiento económico, se quiera o no, ha cambiado las condiciones generales y las reglas del juego.⁴⁶

Rechazar los engaños del desarrollismo debe llevarnos a hacer planteamientos de futuro que partan de las condiciones del presente, tal como las ha establecido el curso de la historia. Debemos contribuir a explicar, por ejemplo, por qué una combinación de desarrollismo, ayuda humanitaria, corrupción y exi-

gencias del Fondo Monetario Internacional encaminadas a asegurar el pago de la deuda exterior destruyó hace unos años la agricultura y la ganadería de Somalia, está destruyendo hoy la de algunos países de África occidental y ha hecho florecer en otros, paralelamente, las cosechas para la exportación y un hambre generalizada.⁴⁷ Lo que no es aceptable es refugiarse en actitudes regresivas, como la que no hace mucho planteaba un escritor latinoamericano al decir que lo mejor que se podía hacer por los campesinos pobres de este continente era no hacer nada por ellos y dejarles vivir a su aire. Porque en este mundo nuestro sigue siendo plenamente válida la afirmación de que «ningún hombre es una isla», y cuando doblan las campanas de la crisis, doblan por todos nosotros, incluyendo los campesinos pobres de América.

Cuando hablo de usar para el estudio de los grandes problemas las herramientas de nuestro oficio me refiero al análisis en una dimensión temporal larga, que es la propia del trabajo del historiador, pero también a aportar la consideración de ese contexto social y cultural más amplio que escapa por fuerza al economista.

Quisiera dejar claro, sin embargo, que no estoy diciendo que seamos nosotros quienes tengamos que dar las respuestas a las grandes cuestiones, sino que nuestro concurso es necesario para que podamos hacerlo entre todos. Ni pienso que esto implique que debamos todos reconvertirnos en es-

tudiosos de problemas rigurosamente contemporáneos (como acaba hacer Robert Brenner, un historiador especializado en el estudio del siglo XVII, que ha publicado un análisis sobre la evolución de la economía mundial de 1950 a 1998⁴⁸). Lo que quiero decir es que hemos de aportar al estudio de estos problemas nuestra capacidad de «pensar históricamente», si me permiten ustedes que use esta formulación de mi maestro Pierre Vilar.⁴⁹

A pensar históricamente el fracaso del desarrollismo, y a encontrar las raíces de la involución presente, superando los viejos errores de una visión lineal y simplista del progreso, nos puede ayudar, por ejemplo, mucha de la gran historia económica y social de la historia colonial que se ha escrito en las últimas décadas. Y califico de «grande» a la que ha introducido nuevas perspectivas, ha ensanchado nuestro horizonte y nos ha enseñado a mirar y entender los problemas de otro modo, como, por limitarme a citar unos pocos ejemplos que den idea de lo que quiero decir, la que han escrito investigadores como Carlos Sempat Assadourian, Manuel Moreno Fraginals, Germán Colmenares, Alberto Flores Galindo y otros más de tendencias muy distintas, como lo son las de estos cuatro que he citado, pero que coincidirían posiblemente en no ser «historiadores de despacho», y también, por otra parte, en ser gente comprometida con su tiempo (y no confundan ustedes el compromiso con la militancia, que son dos cosas muy distintas). Los tra-

esperan recibir a cambio del dinero que conceden.

El tipo de análisis crítico de los problemas de nuestro tiempo al que les propongo que contribuyamos con nuestra capacidad de «pensar históricamente» es más que probable que nos convierta en miembros incómodos de la «comunidad científica» y que no favorezca precisamente nuestra promoción profesional. Pero -se los digo por experiencia- ayuda a vivir en paz con uno mismo, satisfecho de estar trabajando en algo que puede tener alguna utilidad social: contribuyendo a aclarar desde una perspectiva histórica, esto es evolutiva, los grandes problemas de los hombres y mujeres de nuestro tiempo, para que, entendiéndolos mejor, podamos entre todos a resolverlos.

Llevo ya más de cuarenta años dedicado a este oficio: he intentado ejercerlo críticamente, aceptando que ello me convirtiera en un ciudadano incómodo. Y les puedo asegurar que pienso seguir en lo mismo, porque ha merecido la pena.

Josep Fontana
(Agosto de 1998)

1. "Desde los años ochenta la disciplina de la historia hizo sitio de mala gana para el nuevo género de la "historia social". En los ochenta otro género ha emergido entre los historiadores, el que recibe el nombre de "historia cultural". Mark Poster, *Cultural History and Postmodernity*, New York, Columbia University Press, 1997, p.3. "Si antes todos éramos historiadores sociales - dirá por su parte Patrick Joyce - ahora todos empezamos a ser historiadores culturales". Patrick Joyce, "The Return of history: postmodernism and the politics of academics history in Britain", *Past and Present*, 158 (

febr. 1998), pp. 207-235 (cita de p.229). La última expresión es de Peter Burke en *Times Literary Supplement*, 26 de Noviembre de 1993, p.30.

2. He hecho esta revisión a partir de *The Postmodern History Reader*, ed. by Keith Jenkins, Londres, Routledge, 1997; de otro libro del propio Jenkins (*On "What is history?"*; Londres Routledge, 1995), de su artículo "Why bother with the past? Engaging with some issues raised by the possible "end of history as we have known it", en *Rethinking History*, (1997), 1, pp. 56-66; del libro de Poster citado anteriormente y de los trabajos de Ankersmit (como *History and Topology*, Berkeley, University of California Press, 1994). La cita que se hace es de William Beik, "The dilema of popular history", *Past and Present*, no 141 (nov. 1993), p.207. A lo que se añade, "El escepticismo se dirige cada vez más contra toda la historia social, en especial cuando aparece ligada a las aspiraciones de la gente común".

3. A lo que añade: "en política y economía los esfuerzos por describir el futuro por medio de una inducción "histórica" a partir del pasado y del presente están siendo remplazados por el cálculo del riesgo, que toma como primer principio la imposibilidad de predecir el futuro", una afirmación tan deleznable que no me habría molestado en citarla de no ser porque el libro que la contiene lo ha publicado Harvard University Press, lo que revela cuál es el grado de desconcierto que domina en este terreno (Hans Ulrich Gumbrecht, *In 1926. Living at the Edge of Time*, Cambridge, Mass, Harvard University Press, 1997; los textos que se citan, en pp. 411-414). El autor, procedente del estudio de la literatura, como suele suceder en los campos del "postmodernismo", reduce el año 1926 a una colección de anécdotas y trivialidades, olvidando que es también el año de la subida al poder de Stalin, de la consolidación de Mussolini en Italia, de la estabilización del franco Poincaré, de la huelga general en Gran Bretaña, etc.

4. La crítica la hacía ya Leontieff en 1971 ("Theoretical assumptions and non-observed facts"), la repite Therence Hutchinson (*The Uses and Abuses of Economics*, Londres, Routledge, 1994), señalando que la elegancia y el rigor deductivo se suelen alcanzar en el análisis económico a costa de una simplificación que lo hace irrelevante para un uso práctico. En un sentido semejante, las contribuciones de Arrow y de Solow a W.N. Parker, ed., *Economic History and the Modern Economist*, Oxford, Blackwell, 1986.

5. "Studiosi di economia politica", en *La Repubblica*, 30 de septiembre de 1988, p.10.

6. Robert E. Schorske, "the New rigorism in the human sciences, 1940-1960", en Thomas Bender and Car E. Schorske, eds., *American Academic Culture in Transformation. Fifty years, four disciplines*, Princeton, Princeton University Press, 1988, pp. 309-329.

7. David A. Hollinger, "The disciplines and the identity debates, 1970-1995", en Bender y Schorske, *American Academic Culture in Transition*, pp.353-371.

8. Robert M. Solow, "How did economics get way and what way did it get?" en Bender y Schorske, op.cit. pp. 57-76 (cita de p. 74). Respecto de las supuestas "leyes económicas" véase C.P. Kindleberger, *Economic Laws and Economic History*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998.

9. Paul Krugman, *The Accidental Theorist. Essays on the Dismal Science*, New York, Norton, 1998, p. VIII.

10. En Peter Temin, ed., *New Economic History*, Harmondsworth, Penguin, 1973, p. 8.

11. Christina D. Romer, "The end of economic history?", citado en William J. Barber, "Reconfigurations in American academic economics: a general practitioner's perspective", en Bender y Schorske, op.cit. p.113. Integral, pero pequeña, porque como dice Christopher Llyod en "Can economic history be the core of social science? Why the discipline must open end integrate to ensure the survival of long-run economic analysis", en *Australian Economic History Review*, 37, no 3 (nov.1997), pp.256-266, en los departamentos de Economía de las universidades norteamericanas "uno o dos historiadores económicos luchan para hacerse un espacio".

12. Lo ilustraré en este caso con una experiencia vivida: un amigo mío, profesor de teoría económica, defendía de mis críticas el trabajo de uno de estos historiadores económicos "aplicados", para acabar después confesando: "De todos modos lo que hace no me interesa en absoluto".

13. "En cuanto las series temporales se alargan lo suficiente como para darnos esperanzas de discriminar entre hipótesis complejas, la probabilidad de que se mantengan estacionarias disminuye y los niveles de ruido de vuelven más altos" (Robert E. Solow, "Economic History and the Modern Economist", Oxford, Blackwell, 1987, pp.21-29, citas de pp. 22 y 15; en el mismo volumen se encontrará un texto de Kenneth Arrow, "History: the view from economics" (pp. 13-20) donde se señala que "las diferencias culturales entre naciones, con todas sus implicaciones para la política y la economía, son precipitaciones de acontecimientos del pasado, con frecuencia de un pasado distante".
14. G.D. Snooks, "What should economists be told about the past? A review article", en *Australian Economic History Review*, XXX, no 2 (september 1990), pp. 89-94 (cita de p. 94).
15. Robert M. Solow, "How did economics get that way and what way did it get?" en Bender y Schorske, op.cit. pp. 57-76 (cita de p. 72).
16. Gabriel Tortella, "los nuevos caminos de la historia económica", en *Claves*, no 84 (julio/agosto 1998), pp. 2-7; Solow, "Economics...", p.26.
17. Lloyd, op. Cit., p. 258.
18. E. Fernández de Pinedo, "La historia económica ¿un filón que se agota? En J.M. Sánchez Nistal et al., *Problemas actuales de la historia*, Salamanca, Universidad, 1993, pp.69-82.
19. Véase, como una primera aproximación al problema, E.A. Wrigley, "Algunas reflexiones sobre la producción y los precios del grano en las economías preindustriales", en *gentes, ciudades y riquezas*, Barcelona, Crítica, 1992, pp. 134-185.
20. Solow, "Economics...", citas de pp. 22 y 28.
21. Alberto Baccini y Renato Giannetti, *Cliometría*, Barcelona, Crítica, 1997, p. 180.
22. Como han intentado Paul David, "Clio and the economics of QWETY", en *American Economics Review*, 75 (1985), pp. 332-337, o David S. Landes, "What room for accident in history?: explaining big changes by small events", en *Economic History Review*, XLVII, 4 (1994), pp. 637-656. Una muestra exagerada del nuevo gusto por la contingencia puede encontrarse en Jean Stengers, *Vertige de l'historien. Les histoires au risque du hasard*, Plessis-Robinson, Institut Synthélabo, 1998.
23. David Hackett Fischer, *The Great wave. Price Revolutions and the Rhythm of History*, New York, Oxford University Press, 1996. Una crítica muy dura de la vaciedad de sus planteamientos, y del ansia de los hombres de negocios por creérselos, en Paul Krugman, "Seeking the rule of waves", en *The Accidental Theorist*, pp. 113-121.
24. Véase, por ejemplo, J.Barkley Rosser, jr., "Chaos theory and rationality in economics" en L. Douglas Kiel and Euel Elliott, eds., *Chaos Theory in the Social Sciences. Foundations and Applications*, Ann Arbor, The University of Michigan Press, 1996, pp. 137-138.
25. T. Irene Sanders, *Strategic Thinking and the New Science. Planning in the midst of Chaos, Complexity, and Change*, New York, Free Press, 1998, pp. 137-138.
26. Prigogine: *La fin des certitudes*, Paris, Odile Jacob, 1996, p.14.
27. Jhon Cornwell, en el prefacio a *Nature's imaginations. The Frontiers of Scientific Vision*, Oxford, Oxford University Press, 1995, p.V.
28. Robert Pollack, *Sings of life. The language and Meaning of DNA*, Nueva York, Hoghton Mifflin, 1994, pp. 152-153.
29. Stephen Jay Gould, *Milenio*, Barcelona, Crítica, 1998, pp.164-165.
30. Como lo hace por ejemplo, Lloyd en "can economic history...?", p. 261. Sobre la teoría del "equilibrio puntuado" puede verse, por ejemplo, Stephen Jay Gould, *Un dinosaurio en un pajar*, Barcelona, Crítica, 1997, pp. 137-154.
31. En Sokal y Bricmond, *Impostures intellectuelles*, Paris, Odile Jacob, 1997, un libro al que los afectados han respondido despectivamente - Derrida ha calificado al autor como "el pobre Sokal"- considerando, sin duda, que su reino esta por encima de las trivialidades de la exactitud científica.
32. Por poner un ejemplo, las consideraciones sobre "technological coevolution and economic —take-off" en Stuart Kauffmank, *At Home in the Universe. The Search for Laws of Complexity*, Harmondsworth, Penguin, 1996, pp.289-298.
33. Peter Coveney and Rogers Highfield, *Frontiers of Complexity, The Search for Order in a Chaotic World*, Londres, Faber and Faber, 1995, p.337.
34. Corney and Highfield, *Frontiers of Complexity*, pp. 175-178 y Kauffman, *At Home in the Universe*, pp.53-54.
35. Brian J.L. Berry and Heja Kim "Long waves 1790-1890: intermittency, chaos and control", en Kiel and Elliott, eds., *Chaos Theory in the social Sciences*, pp. 215-236.
36. V.Y. Mudimbe and B. Jewsiewicki, eds., *Open the Social Sciences. Report of the Gulbenkian Commission on the restructuring of the social sciences*, Stanford, Stanford University Press, 1996, pp. 78-80.
37. La expresión es de Lloyd, p. 261, aunque él mismo la atenúa posteriormente en el mismo artículo.
38. Mario Bunge, "In praise of intolerance to charlatanism in academia", en Paul R. Gross, Norman Levitt and Martin W. Lewis, eds., *The Flight from Science and Reason*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1996, p.1.
39. Thomas G. Rawski, en Rawski et al., *Economics and the Historian*, Berkeley, University of California Press, 1996.p.1.
40. World Bank, *World Development Report 1997: The State in a Changing World*, New York, Oxford University Press, 1997.
41. Paul Krugman, *The accidental Theorist*, p.115
42. Margaret Scott, "Indonesia reborn?", *New York Review of Books*, 12 de agosto 1998, pp.43-48.
43. Sobre la intención que encierra la substitución del economista por el médico, véase, Gilbert Rist, *The History of Development*, Londres, Zed Books, 1997, pp.175-178.
44. Charles F. Sabel and Jonathan Zeitlin, eds., *World of possibilities. Flexibility and Mass Production in Western Industrialization*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997.
45. Jeff Madrick, "Computers: Waiting for the Revolution", en *New York Review of Books*, 26 de marzo de 1998, pp. 29 - 33 (cita de p.32). Las tasas de crecimiento de la productividad son más exactamente, de un 2,85 % para el periodo 1947-1973, y de 1.1%, para la etapa posterior.
46. Frédérique Apffel-Marglin and PRATEC, eds., *The Spirit of Regeneration: Andean Culture Confronting Western Notions of Development*, Londres, Zed Books, 1998.
47. Michael Maren, *The Road to Hell. The ravaging Effects of Foreign Aid and International Charity*, New York, The Free Press, 1997; Michael Chossudovsky, *The Globalisation of Poverty. Impacts of IMF and World Bank Reforms*, Penang, Zed Books/Thied World Network, 1997.

48. Robert Brenner. *The Economics of Global Turbulence. A Special Report On the World Economy, 1950-98*, en un número monográfico de la *New Left Review* (229, may/june 1998).

49. Truillot ha explicado el proceso por el cual los historiadores han ido constituyendo el pasado como un mundo real y separado, y nos advierte que las crisis del presente no nos permiten seguir manteniéndonos al margen de estos problemas, a menos que queramos dejar que sean los políticos quienes escriban la historia para su propio uso (Michel-Rolph Trouillot, *Silencing the Past. Power and the Production of History*, Boston, Beacon Press, 1995, pp.152-153).

50. David S. Landes, *The Wealth and Poverty of Nations. Why some are so rich and some so poor*, New York, Norton, 1998. Por más que el libro tiene méritos y en las líneas generales es sensato, el " caso sudamericano" le lleva a un desliz como el de finalizar su análisis de la situación de Argentina después de la dictadura militar con estas palabras: "Pero también, para-dójicamente, unos populismos

vocingleros han engendrado los comienzos de una identidad nacional, como lo demuestra el fenomenal éxito de Evita" (p.327).

51. Lloyd, op. Cit., p. 263.

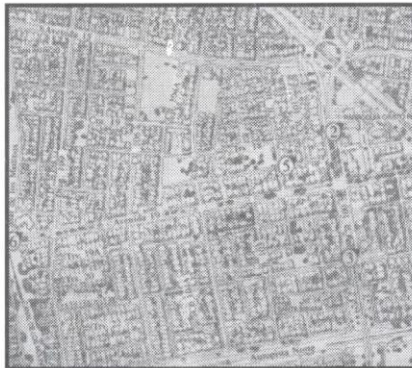
52. J. Barkley Rosser, jr., "Chaos theory and rationality in economics", en Kiel and Elliott, *Chaos Theory in the Social Sciences*, piensa que la teoría neoclásica puede mantenerse incluso si se admite la posibilidad de una dinámica no lineal y caótica, como la mecánica neoclásica newtoniana se mantiene después de Einstein, pero que " una dependencia sensible de las condiciones iniciales resulta muy disruptiva de la capacidad de desarrollar expectativas racionales" (p. 249-252).

53. Una crisis sobre cuyas causas reales se procuró hablar lo menos posible (Carl Jensen, *20 years of Censored News*, New York, Seven Stories Press, 1997, pp. 249-252).

54. Bien conocido es el caso de la irracionalidad en la sucesión de crisis de la deuda exterior por más de ciento setenta años, con

ejemplos como el de la Banca Baring en 1826 y 1890, y la culminación de 1995. Charles P. Kindleberger, *Problemas históricos e interpretaciones económicas*, Barcelona, Crítica, 1993, pp. 82-117; Frank Griffith Dawson, *The first Latin American Debts Crisis. The city of London and the 1822-1825 loan bubble*, New Haven, Yale University Press, 1990; Armando O. Chiappella, *El destino del empréstito Baring Brothers, 1824-1826*, Buenos Aires, Platero, 1975; A.G. Ford, *The Gold Standard, 1880-1914: Britain and Argentina*, Oxford, Clarendon Press, 1962, etc.

55. Kary Muller, *Dancing Naked in the Mind Field*, New York, Pantheon, 1998, p. 173.





ENCUENTRO LATINOAMERICANO

DE ESTUDIANTES DE HISTORIA

VILLA DE LEYVA DEL 24 AL 29 DE SEPTIEMBRE DEL 2001

El grupo de trabajo Proyecto Historia viene preparando desde septiembre del año pasado el primer Encuentro Latinoamericano de Estudiantes de Historia que se realizará en Villa de Leyva entre el 24 y 29 de septiembre de este año. Invitamos a todos los estudiantes de pregrado de la facultad de Ciencias Humanas, y a todos los estudiantes que tengan algún interés por los temas históricos, a que inscriban sus trabajos y participen en el evento.

Consideramos trabajos históricos a aquellos que estén basados en la utilización de fuentes primarias - sean escritas, orales o iconográficas, fuentes bibliográficas y/o que reúnan los requerimientos de la crítica documental; el tema es abierto. La extensión de las ponencias no debe pasar las 30 páginas, tamaño carta a espacio doble en letra Times New Roman de 12 puntos, incluyendo bibliografía y las notas de pie de página (*las ponencias que no cumplan estos requisi-*

tos básicos no serán leídas por el comité académico).

Estamos recibiendo ponencias a partir del 20 de enero hasta el 1 de junio del 2001.

Las ponencias se recibirán vía e-mail en la dirección electrónica enlahistoria2001@yahoo.com en archivo anexo de word junto con el formato de inscripción de ponentes, que encontrarán en nuestra página web, y un abstract de su ponencia.

cronograma

Inscripción de ponentes y recepción de resúmenes y ponencias

Hasta viernes 1 de junio del 2001

Inscripción de participantes

Hasta viernes 3 de agosto del 2001

Publicación en nuestra página web de los títulos de las ponencias aceptadas

Lunes 30 de julio del 2001

Salida de delegaciones internacionales y ponentes de Bogotá a Villa de Leyva

Lunes 24 de septiembre.

Evento

24 al 29 de septiembre en Villa de Leyva

Salida de las delegaciones de Villa de Leyva

30 de septiembre

MAYORES INFORMES:

Teléfono: 57-1-3165000 Ext. 26039. Tel/fax: 3165291

E-mail: enlahistoria2001@yahoo.com

Página web: www.humanas.unal.edu.co/historia

Links Históricos

ALGUNOS RECURSOS EN LA RED
para historiadores...

Sandra Botero
Estudiante Universidad Nacional

Sin duda alguna, internet es una herramienta de gran utilidad para los historiadores. Pese a lo difícil que puede resultar ubicarse o ubicar algo en medio de tanta información que a primera vista parece inútil, desorganizada o inaccesible, la red tiene mucho que ofrecernos. Paciencia, y un buen buscador o «search engine» (como www.google.com o www.altavista.com) pueden resultar en un link que nos permita acceder a artículos, fuentes primarias, fotos o simplemente datos interesantes.

Una buena búsqueda en internet puede ahorrarnos otro tipo de búsquedas usualmente infructuosas, y/o la frustración de saber que alguien tiene que haber dicho algo sobre el tema, pero simplemente no poder tener acceso a ello. Para los impacientes, los curiosos y los necesitados, aquí va una lista de sitios recomendados por interesantes, pertinentes, completos y útiles. Hay para todos los gustos y necesidades.

- Biblioteca Nacional de Colombia www.bibliotecanacional.gov.co Tras su cierre temporal por remodelación, la Biblioteca Nacional lanzó su nuevo sitio web. Contiene información general sobre la biblioteca, documentos explicativos sobre el sistema de catalogación (en pdf) y acceso en línea al catálogo, lo que le permite consultar la colección de esta institución desde cualquier parte.

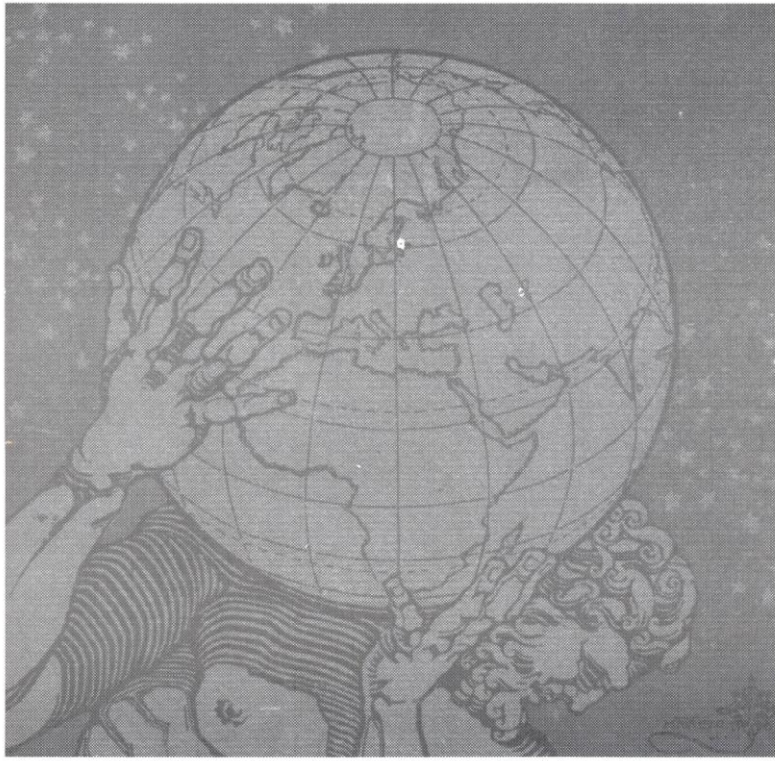
- The WWW-Virtual Library History Index (en inglés) www.ukans.edu/history/VL/ Este índice es muy interesante. Contiene links a sitios relacionados con el estudio de la historia y el oficio del historiador. Entre otros temas, hay listas muy completas de links a índices bibliográficos, bases de datos, bibliotecas, becas, información de referencia (incluso la relacionada con disciplinas auxilia-

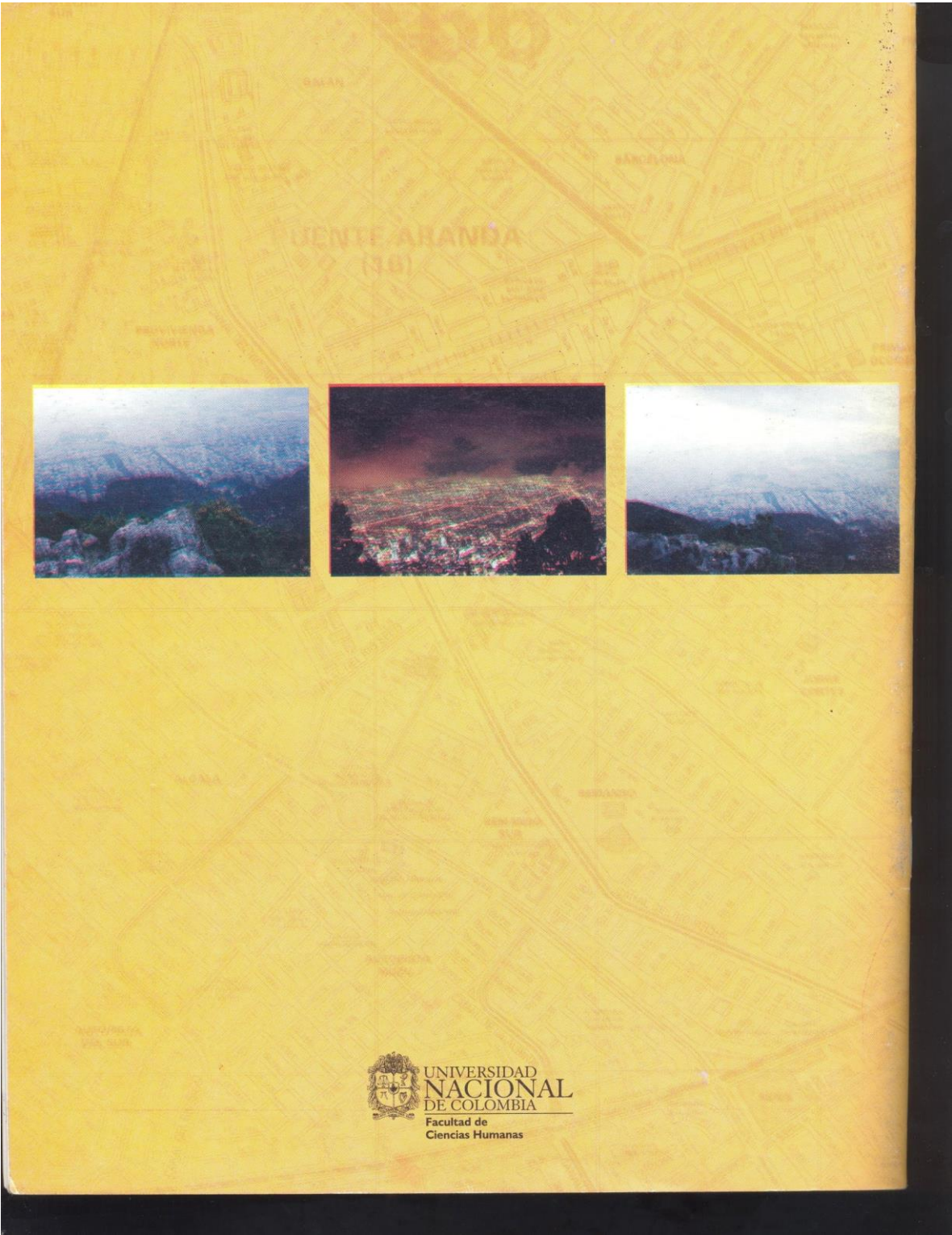
res como arqueología, demografía y lingüística), asociaciones de historiadores y revistas. También hay clasificación de sitios por tópicos (historia de la arquitectura, militar, del movimiento laboral, de la ciencia, urbana y de género, entre otros), épocas (helenística, prehistórica, medieval, moderna) y los dedicados a la historia de un país o región específica. Buscar en este índice se facilita pues la organización es buena, y se parte sabiendo que todos los sitios allí referenciados contienen información relativa a la disciplina histórica.

- H-Net's Discussion Network (en inglés, listas de discusión en español) www2.h-net.msu.edu/lists/ Internet también permite formar comunidad, facilitando la comunicación y el intercambio de ideas. «H-Net» (Humanity's Network) es un consorcio de académicos y profesores de ciencias humanas, que, (entre otros servicios y objetivos interesantes) mantiene y coordina decenas de listas de discusión vía correo electrónico en temas relacionados. Por eso, si usted está interesado en conocer y discutir con personas con similares intereses académicos, puede empezar por visitar este sitio y revisar las diferentes listas de discusión. Hay listas dedicadas a temas tan diversos como historia del arte, estudios africanos, historia latinoamericana (además de algunas que se concentran en países y épocas específicas), colonia, pedagogía, historia oral y cine e historia.

- EuroDocs library.byu.edu/~rdh/eurodocs/ec.html Este sitio está lleno de fuentes primarias para el estudio de Europa Occidental, desde el Medioevo a la época contemporánea. La selección es amplia, e incluye textos y traducciones a las que sería difícil acceder de otra forma.

- ¿Cómo citar recursos electrónicos? www.ub.es/biblio/citae-e.htm
Citar bien la información que conseguimos en internet requiere de un protocolo diferente al propio para las fuentes escritas, y estas reglas son ampliamente desconocidas. Por esta y otras razones, recomendamos este documento, un buen manual para referenciar recursos electrónicos. Fue escrito en 1997 por A. Stivill y C. Urbano, si está interesado en una versión mas compacta, H-Net también cuenta con una guía (en inglés): www2.h-net.msu.edu/about/citation/





UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE COLOMBIA
Facultad de
Ciencias Humanas